

Cuentos para Guillermo

Ramón Moreno

M Hemingway

Cuentos para Guillermo

Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Jalisco

DR © Ramón Moreno.

Diseño de portada: DDV Soluciones S.A. de C.V.

Edición: DDV Soluciones S.A. de C.V.

Corrección: Juan Levid.

Primera edición, 2023.

DR © Secretaría de Cultura

Gobierno del Estado de Jalisco

Zaragoza 224, Zona Centro

C.P. 44100, Guadalajara, Jalisco, México.

ISBN: 978-607-734-230-4

Impreso y hecho en México

Made and printed in México

Cuentos para Guillermo

Ramón Moreno

GOBIERNO DEL ESTADO DE JALISCO

Mtro. Enrique Alfaro Ramírez
Gobernador del Estado de Jalisco

Mtro. Juan Enrique Ibarra Pedroza
Secretario General de Gobierno

Mtro. Hugo Manuel Luna Vázquez
Jefe de Gabinete

Mtra. Anna Bárbara Casillas García
Coordinadora General Estratégica de Desarrollo Social

Mtra. Lourdes Ariadna González Pérez
Secretaria de Cultura

Mtro. Alvaro Octavio Lara Huerta
Director de Desarrollo Cultural y Artístico

David Izazaga Márquez
Jefe de Publicaciones

Unos primos lejanos.....	8
Caldo de pato.....	15
Milagro denegado.....	21
Dos visitantes incómodos.....	29
Tintineante ramo de llaves.....	34
Tiempos sin reloj.....	40
Refugiarse en la oscuridad de una noche ajena.....	45
Protagonismo incidental.....	55
Un camino que desconozco.....	62
Luces fugaces que se sumergen.....	70
Bicicleta a tirones.....	80
Guillermo en la cantina.....	85

Primo, aquí te entrego el trabajo que me encomendaste. Reconozco que, aunque me esforcé, no encontrarás aquí ese hermoso relato que una tarde, ya para oscurecer, les conté a la vera del limonero de mi padre, a ti y a Alim; a ustedes y a los demás que estaban en ese patio: a Pablito, a mi padre; a mi madre no, hacía poco que había fallecido. Y no lo podrás encontrar aquí porque es el amor lo que te hace magnificar algo que quizá no valga tanto como tú lo recuerdas.

Así pues, léelo, pero prepárate para decepcionarte porque, cuando lo termines, te parecerá pobre y deslucido, como lo es en verdad, comparado con el verbal de aquel anochecer. En el fondo, quizá esta fragilidad no importe tanto; acaso la lectura de estas líneas sólo sirva para ayudarte a preservar del olvido la fotografía ya borrosa y desgastada de unas personas vistas de perfil –zarandeadas por la vida, o quizá sea mejor decir, por la muerte–, charlando al pie de ese árbol; será el recuerdo de un limonero que se aleja de nosotros, por más que nuestro deseo le pide que no se vaya. No más.

R

Unos primos lejanos

Mi madre, una mañana de verano, hastiada de nuestra presencia o preocupada por la soledad de la abuela Nicolasa nos envió a visitar a aquella desconocida. ¿Cuántos años tengo? No lo sé, acaso nueve. Las fronteras de mi mundo están a tiro de piedra una de la otra, son tres: mi casa, el taller de mi padre y la escuela. Esta última no constituye un límite por sí misma, sino que es la prolongación de ese lindero, quiero decir de ese límite, en que mi padre trabaja, pues está a unos pocos pasos de éste.

Hay lugares en los que se está cómodo y otros en los que no. Procuero los primeros, desconozco todos los demás. Alguna vez me llevaron a la escuela y me dejaron ahí sin explicarme nada, y aunque entendía que los niños deberían ir a una, yo detestaba ese lugar que no se parecía en nada a mi patio, a mis granados, al terregal de las gallinas o al cajete del tamarindo a cuya sombra me sentaba. Me escapé.

Me lo perdonaron por una vez. Puntualísimamente, al año siguiente, me impusieron el mismo castigo. En esta ocasión no

me atreví a huir. Sufrí en silencio esa tortura; no lloré. De seguro el pánico se me traslucía en los gestos, por fortuna nadie fue a compadecerme. ¿Por qué? No lo sé, pero de seguro había otros muchos niños cerca de mí con cara de terror.

Salimos de la casa de la calle Victoria. Somos tres: la Nena –mayor que yo un año–, Gus –menor a mí en uno también– y yo. Caminamos por calles empedradas, oblicuas y perfectamente desconocidas. Esto es un falso recuerdo, de seguro las habíamos caminado otras veces, pero lo tengo olvidado; en ese momento, o en el recuerdo que tengo de ese momento, se me hacía desconocido tal camino. La Nena conduce, Gus y yo la seguimos. No entiendo por qué ellos caminan despreocupados, para mí, ese paseo es una nueva penitencia. Siento un vacío en el vientre pero no lo digo. Quizá ellos también tienen ese hueco.

Infinidad de días han pasado desde que las vacaciones de verano iniciaron y mi madre ya no sabe qué hacer con estos niños ociosos. De seguro que nosotros también nos aburrimos. Nos ha prometido que si vamos a visitar a su mamá nos comprará una sandía. Me tenía sin cuidado comer la dichosa fruta, sin embargo, fui; no podía eludirlo. Detesto esas calles que me alejan de las únicas que acepto. Detesto la calle Ocampo, detesto el Jardín Núñez, detesto la calle Filomeno Medina, detesto la calle Allende.

Catorce cuadras se transitan en un momento, sin pensarse, pero para mí el camino era dilatadísimo, a más de que

había que pasar por un arroyo sin vado. El Manrique se divisa a lo lejos, bueno, el arroyo no, el matorral que en torno de él se forma. Llegamos. Mis hermanos proponen meternos por entre esas veredas y jugar un rato. Yo no quiero. Yo no quiero sandía, yo no quiero visitar aquella anciana, yo no quiero jugar en el arroyo; lo que yo deseo es estar en mi patio, bajo la sombra del inmenso tamarindo, aunque me aburra.

La casa de mamá Nico está constituida por dos cuartos y un pequeño patio. La habitación que da a la calle tiene dos camas y poco más, en la otra hay un hornillo para hacer tortillas y altas pilas de leña. En el solar se encuentra el retrete y éste se resguarda con un tapial bajo. Protegen a la letrina de la intemperie las ramas de un guayabo al que se puede subir si se salta desde la tapia. Me gusta, pero no es tan hermoso como mi tamarindo.

Ella fabrica todos los días tortillas de maíz para sus vecinos. Cuando el comal está bien caliente, las pone una por una con el dorso de la mano. Primero se cuecen por una mejilla y luego por la otra hasta que se inflan como un globo; por último, son guardadas en un gran calabazo envueltas en protectoras servilletas. Ahí esperarán calentitas a que se sirvan los alimentos.

No me gusta ese lugar. Las paredes, la armazón de tijera que sostiene el techo y las tejas han quedado ennegrecidas por el humo de la leña. De algunas vigas cuelgan pequeños hilos de

hollín. Es triste esa casa, no hay nada qué hacer ahí: ni radio, ni televisión, ni siquiera un gis con el cual dibujar un bebeleche para saltar por encima de sus cuadros.

Nos instalamos en las pequeñas sillas de asiento de bejuco o en el borde de una cama. Conversamos. Ella es pequeña y delgada; las arrugas le recorren el rostro en una y otra dirección. ¿De qué pueden charlar una anciana y unos muchachitos? No lo sé, debe ser aquello un curioso interrogatorio del que ella obtiene respuestas en monosílabos. Nunca la vemos, a pesar de ello no le hemos llevado un regalo, ella tampoco nos ofrece nada. Sólo hablamos.

Todavía es de mañana. No estoy seguro, pero juraría que no ha pasado mucho tiempo desde que llegamos. Ella va a ver lo de sus tortillas que empieza hacia mediodía; nos quedamos solos. No me doy cuenta en qué momento sucede, pero frente a la puerta está un viejo e inmenso automóvil que obstruye la entrada de la luz. Ahí no hay ventanas. Mi abuela sale de la cocina y llega hasta nosotros, interrogante. Quiere averiguar quién es el atrevido que ha ido a ponerle su armatoste justo ahí, en frente. Pero no dice nada, reconoce a los recién llegados y una sonrisa se le dibuja en los labios.

Un hombre muy alto, fuerte, moreno, imponente, se ha quitado del volante y entra a la habitación. Del asiento de al lado una mujer blanca, hermosa y de chispeantes ojos verdes abre la portezuela, se baja y entra también. No se podía ver,

pero ahora me doy cuenta de que trae un recién nacido en los brazos. Descubro que esa mujer tiene la misma mirada, los mismos ojos que mi madre, pero no sé quién es. Me doy cuenta de la paradoja y me digo: ella es mi madre, pero no la conozco. En realidad, no conozco a ninguno y eso me intimida sobremanera. Tras ellos, una parvada de muchachitos sigue a sus padres. Se baja del auto uno, y luego otro y luego otro y luego otro y luego otro; no entiendo dónde cupieron tantos. Hacen una gran bulla, son muy atrevidos: tocan todo, comentan en alta voz de todas las cosas que la abuela Nico tiene en sus muebles. A nosotros tres, que no hemos tocado nada, nos escandaliza tal atrevimiento, tal desparpajo; deberían estar calladitos, quietos y sentados, pero no, inspeccionan minuciosamente la habitación. Los adultos sonríen; el tío, muy franco y directo la abraza y le dice: ¡suegra querida, jamás se hubiera imaginado que me traería de México a toda la familia!

Ella se deja querer, pero después del inicial achuchón, se acuerda de las visitas que poco antes habían llegado y vuelve su vista hacia nosotros. Nos dice: pero, tontos, por qué se ponen así, vengan, abracen y denle un beso a sus tíos, ¿no escuchan que van llegando de tan largo viaje? No termina de decirlo cuando mi tía Petra, la mujer que trae aquel envoltorio en brazos, le pregunta a su madre: ¿de quién son estos niños?, ¿acaso de Aurelia? No, no, son de Ramona, acaban de llegar también.

Ella nos muestra el paquete y nos dice, tienen una nueva

prima, miren, se llama Angélica. ¿Ustedes, ustedes cómo se llaman? Sólo Ester contesta: Nena. La tía sonríe y responde con una nueva pregunta: ¿te llamas Nena? Ella asiente con la cabeza. Después de este breve protocolo los adultos se desentendían de los chicos. Los niños se han sentado en el borde de la otra cama, por fin se han apaciguado; nos miran. El más pequeño quizá tenga los mismos años que Gus y aún menos; nos mira interrogante, como diciendo con los ojos: ¿qué esperan para mostrarme su casa? Gus y yo permanecemos impasibles. Entonces él, medio enfadado por nuestra silenciosa negativa nos hace gestos: arruga la nariz, tuerce la boca. Su hermana mayor, Paty, lo descubre, le da un manazo y lo acusa: mamá, Memo está peleando.

Responde la abuela, niños, váyanse a jugar al patio. Tú, Héctor, refiriéndose al mayor de mis primos, sube al palo y corta unas guayabas para todos; ahí en la cocina hay sal. Nadie se mueve. Los visitantes, cinco muchachitos, esperan nuestra aprobación, quizá que los conduzcamos y les expliquemos por dónde se pasa al patio. Pero no lo hacemos. Yo les doy la espalda, tomo de la mano a Gus y me dispongo a entrar; a la Nena le digo con el gesto que nos siga. Lo hace. Las visitas se quedan sentadas.

Mis hermanos y yo nos agazapamos tras la barbacana y lo discutimos. Les digo, vámonos de aquí, no sé quiénes son éstos y me caen gordos. Ester se resiste un poco. Piensa que

nuestra madre nos regañará si regresamos tan temprano. Yo insisto, vámonos, y nos quedamos en el arroyo para atrapar cigarrones y güisarapos. Mis hermanos terminan por aceptar, salimos precipitadamente. Le decimos a la abuela: nos tenemos que ir, mamá nos pidió le llevemos un mandado. No esperamos respuesta alguna y nos vamos corriendo.

Tú, primo, tú eras ese muchachito que quería lo invitásemos a jugar al patio. Sólo mucho tiempo después supe que te llamabas Guillermo, aunque en esa ocasión hubiera escuchado tu sobrenombre. Sí, ahora entiendo algunas cosas, cuando ya no soy un niño, ni tú tampoco. También ahora entiendo que te he invitado a mi casa no para que leas el borrador de un texto en el que hablo de cómo es que te vi por primera vez, a ti y a tu familia; en verdad, deseo que veas todo y toques todo y comentes todo.

Caldo de pato

Yo recuerdo, primo, que en mi casa de la calle Victoria sólo había gallinas. Quiero decir gallinas en oposición a guajolotes o patos. Porque de haber, había gallinas pero también gallos, pollos y pollitos. Algún día mi abuela –la madre de mi papá–, que era la dueña de las aves de corral, decidió ampliar su industria avícola y compró a una vecina un par de patitos, de esos amarillos, felpudos y rechonchos que aparecen en los comerciales televisivos.

Reconozco que eran graciosos y motivo de interés de mis hermanos y mío, aunque de algunas gallinas no, que les daban picotazos para que se alejasen de ellas, y como ahí no había adultos de su especie que los defendieran, pues no les quedaba más remedio que huir despavoridos, si no querían terminar patas arriba por unos segundos, un tanto confusos de tan efectivas reprimendas.

Pronto crecieron y se hicieron feos y desproporcionados. El gracioso abaniqueo de su rabo moviéndose para uno y otro

lado, cuando caminaban, se hizo torpe. Se les calló la hermoso pelambre y el poco pelo que les quedaba se había hecho blanco, pálido y sucio. Como las plumas se negaban a salir, excepto del rabo y los extremos de las alas, iban y venían desnudos, como adolescentes obscenos. A sus sonrosadas patas les salieron escamas ennegrecidas y las límpidas uñas empezaron a transformarse en garras.

No creo que tuvieran más de dos o tres meses de haber llegado a casa, o por mejor decir, de haber llegado al patio, que a la casa tenían estrictísimamente prohibido entrar. Esa prohibición de mi madre no siempre fue efectiva, porque no faltaba algún compadecido de mis hermanos que les lanzara algo de comer. Pero si esos meses se me pasaron rapidísimos, a mi abuela de seguro que se le hicieron eternos; le urgía saber cuál era la hembra para vigilarla y pronto descubrir en qué rincón había hecho su nido. Le habían hablado maravillas de los huevos de pata. Le dijeron que eran grandes, hermosos, resistentes, nutritivos; no le mintieron. Nunca me lo dijo, pero de seguro que hacía sus cuentas de lo que había gastado en ellos y en el maíz que les daba de comer como para desear con impaciencia obtener una retribución.

Dirás tú, primo, que esas cosas no se dicen, y si se comentan, se hablan con un adulto, no con un niño. Y tendrías razón, pero para ese tiempo ya no era yo un niño; había entrado en la adolescencia y bullían en mi mente las primeras oleadas

de sueños idealistas y la comprensión de las graves contradicciones de los adultos. Quiero decir que la abuela se apoyaba en mí para cuidar de su pequeña industria doméstica y aprovechaba la ocasión para darme lecciones de la rústica mexicana.

Me había enseñado cómo sacarles los ajuates a las gallinas que caminaban renqueando o me había mostrado cómo hacerlas tragar dientes de ajos cual píldoras, para la gripe. Era yo, en fin, quien traía la alfalfa del mercado o cambiaba el agua de un día anterior por otra limpia y fresca o les repartía el maíz en cuatro comederos o recogía los huevos o les cortaba las plumas de una ala para que no se escaparan a los corrales de los vecinos.

Así fue como pasó el tiempo lentísimo y mi abuela, al igual que yo, fue viendo cómo seguían transformándose. Uno terminó por cubrirse de un hermoso plumaje blanco y el otro trocó su ulterior color en tonos pintos de negro y blanco. Las fealdades de la adolescencia habían quedado atrás, ahora eran serenos y reposados. En lo que no hubo cambio alguno fue en su estrechísima amistad. De vez en cuando, como todo mundo, reñían, pero dormían juntos, comían juntos, aleteaban juntos, se arrastraban juntos en los charcos. Mi abuela creía que hasta que no terminaran de pelear no entrarían a la madurez y por lo tanto tendría que esperar más tiempo para comer huevos de pata por primera vez.

La espera pronto terminó. Una tarde, mientras los dos, mi

abuela y yo, les dábamos las lavaduras de la comida, vimos claramente que el pinto montó al blanco. Alegre, ella dio una palmada y me dijo, lo vez, el blanco es la hembra, yo lo sabía, de seguro en una semana pondrá su primer huevo. Mi abuela aprovechaba el conocimiento que de las gallinas tenía y sabía perfectamente que cuando el gallo monta por primera vez a una polla es porque ya está madura y en cuatro o cinco días más pondrá su primer huevo.

La espera terminó pero la incertidumbre no, pues pasaron los siete días que mi abuela se había dado de plazo máximo y ni el nido, ni los huevos ni las furtivas escapadas se aparecieron por ahí. La comadre de mi abuela nos había explicado que las patas, a diferencia de las gallinas, no hacen escándalo cuando ponen sus huevos, incluso, son sigilosas y logran esconder muy bien sus nidos. El misterio aumentó cuando pasados otros días, no sé cuantos más, quizá diez, vi al pato blanco montando al pinto. Increíblemente, se lo fui a contar de inmediato a mi abuela. Me tenía que ir a la escuela, así que no tuve tiempo de quedarme para hacer conclusiones con ella, pero cuando regresé en la noche, a boca de jarro me dijo, mañana mismo te vas al parque Hidalgo para que mires con mucho cuidado a los patos de ahí, debes observarlos muy bien; míralos y compara unos con otros la carnosidad que tienen arriba del pico, dicen que eso diferencia a los machos de las hembras.

Como ya lo sabes, primo, el parque Hidalgo no estaba

lejos de aquella casa que ya no existe en donde yo crecí. Lo que quizá no sepas es que antes, en ese jardín, había un estanque y decenas de patos que criaban los jardineros. Y, en efecto, otro día, a media mañana, fui a observar la ruidosa parvada. No había mucho que mirar, el asunto era evidente, un pato macho es mucho más corpulento que una hembra, como el doble de tamaño. No tenía tiempo para regresar e informar a mi abuela, así que hasta la noche que regresé de la escuela la puse al tanto de lo que sucedía. Resuelta, a pesar de que era ya de noche y horas inapropiadas para las visitas, me dijo, vamos a ir con mi comadre. Se quitó el mandil, me ordenó que fuera por una bolsa del mandado, cogió su bastón y salimos a la calle.

La comadre vivía como a dos cuadras. Ahí se explicó sin ambages: comadrita, resulta que los dos patitos que me vendiste salieron machos y no puedo esperar a comprarte otro pequeño y luego ver que crezca para que resulte que también sale macho. Ya sé que a la gente no le gusta vender sus animales en la flor de la vida, pero espero que me entiendas, no puedo seguir gastando mi dinero en mantener ese par de buenos para nada.

Sin ninguna duda la comadre nos vendió una pata joven, que apenas había empezado a poner su primera huevera. Llamó a uno de los hijos para que la atrapara y me la entregó. Cuando llegamos a la casa le pregunté, ¿qué le hago, la dejo en la cocina? No, no, hay que echársela de una vez. Pero el patio está

oscuro, ya hace mucho rato que estarán dormidos. Si lo están, en cuanto la sientan se van a despertar; ahí junto al fogón tengo unos ocotes grandes, préndete dos y vámonos para adentro.

En efecto, antes de que la vieran, la sintieron e hicieron un gran alboroto. Para cuando se las eché, estaban tan rijosos que empezaron a pelear entre ellos, frotándose el cuello y dándose de picotazos. Finalmente el blanco cedió el terreno y permitió que el pinto fuera a montarla. Una vez terminado el escandaloso ritual, el macho corrió hasta el agua y se puso a beber desesperadamente. Cuando terminó, el blanco ya estaba trepado en la recién llegada y el pinto, al descubrirlo, se lanzó contra el rival, queriéndolo quitar. Mi abuela me advirtió, no lo dejes, espántalo. Con un palo aparté al camorrista y en cuanto el blanco terminó su monta, el pinto se precipitó sobre la hembra y la volvió a cubrir. El blanco regresó de beber y se fue a picotear en la tierra, al parecer, indiferente de lo que no de lejos pasaba. Finalmente, el pinto se fue a la pileta del agua, pero el blanco ya no intentó pisar por segunda vez a la hembra.

Mi abuela sonriente, me interrogó: ¿lo vez, te das cuenta?; ¿ya sabes lo que haremos? Lo veía, pero no me daba cuenta, ni me imaginaba que algo tendríamos que hacer como consecuencia de tal escena. Ella concluyó su lección de esa noche, me dijo: amárrate al blanco, mañana lo voy a destazar; iremos al mercado a venderlo.

Milagro denegado

En la casa donde yo crecí, primo, vivían dos familias. Una la formábamos mis siete hermanos, mis padres y yo; la otra, mi abuela Dolores. Ella era la gran matriarca, nada se movía ahí sin su voluntad. Elegir a un nieto para su compañía era uno de sus muchos privilegios. El primer electo fue el hijo mayor de mi tío José, después mi hermana Dolores y finalmente recayó en mí tal señalamiento.

Tendría yo seis o siete años cuando fui apartado por primera vez de mis hermanos para que conviviese con ella. Mi abuela había decidido hacer la peregrinación al santuario de Talpa y le fui entregado para que no la hiciese sola. Hacía tiempo que mal llevaba cierta enfermedad en sus piernas para la que no encontraba remedio lo suficientemente efectivo y decidió acudir a la solución definitiva, un milagro.

En esos tiempos las peregrinaciones a ese lugar ya no se hacían mayoritariamente, como en los siglos pasados, a pie; en esa segunda mitad de los años sesenta se había llegado a un

proceso de decantación entre la marginación, la vida urbana y el fervor católico. Estos curiosos viajes tú no los hiciste porque vivías acá en México, y todo eso era muy diferente en la gran ciudad.

Sucedía que algunos propietarios de autobuses urbanos –para optimizar sus rentas que deberían ser muy magras pues los camiones siempre iban y venían vacíos–, organizaban viajes a tal lugar. En las ventanillas pegaban carteles anunciando tal disponibilidad y los pasajeros podían apartar los asientos que necesitaran, abonando en varios pagos el costo del servicio.

En aquel tiempo los urbanos eran unos destartalados e incomodísimos vehículos, como hoy siguen siéndolo. Salimos al caer la tarde, el camión iba repleto de gente sofocada por el calor (incluida alguna de pie en los pasillos) y en pleno periodo canicular. La fiesta principal del santuario es en el mes de mayo, y a esa acudimos ella y yo. En fin, para que te des una idea más clara, imagínate el autobús de la película *La noche de la iguana*, pero no repleto de solteronas gringas, sino de dolientes y católicos peregrinos mexicanos.

Esta historia, si así se la puede llamar, no es lógica ni ordenada, como suelen ser las historias que se cuentan, pues éstas tienen un principio, un interesante acontecer y una conclusión sorprendente. Lo que te contaré quizá carezca de sustancia para alguno, pero esos son los recuerdos más remotos que

guarda mi memoria que son, como en todas las personas, incoherentes y fragmentarios.

Es de noche, estoy sentado en una pequeña silla de tule instalada hacia el final del pasillo del autobús. Mi abuela se encuentra a un lado, sentada en el sillón junto a otro pasajero, en medio de la oscuridad. El vehículo se estremece frenéticamente y me despierto. Supongo que recargué la cabeza en la pierna de ella y así me había quedado dormido. La sensación es atroz: oscuridad, gente desconocida, torcedura del cuello, calor, movimientos cual latigazos. En ese momento vino a mí la luz de la comprensión de lo que implica hacer un viaje: separarme del clan; entonces, dominado por el pánico, deseé intensamente estar con los míos.

Los niños no eligen –como bien sabemos tú y yo, y menos en aquellos años–, simplemente hacen lo que los adultos deciden sin miramientos ni consideraciones; si el menor, por alguna causa, ve venir la cosa que le desagrada, peor para él, porque a la imposición agregará las lágrimas y la decepción. Así pues, estoy convencido que en ningún momento fui invitado a realizar tal viaje y, sin embargo, de cierta manera que desconozco, lo acepté.

Pero debió ser un proceso sosegado en el que los adultos se comportaron sin estridencias, sin contradicciones, sin discusiones. Debimos salir una tarde de la casa, caminaríamos hasta el jardín donde el autobús esperaba a los pasajeros, subiríamos

la maleta y la silla, nos instalaríamos y partiríamos. Pero nada subsiste de estos hechos, a pesar de que eran cosas mucho más trascendentes que un frenazo. Todo se ha perdido y sólo está ahí un jirón, no como un recuerdo, sino como una fotografía tomada en medio de las tinieblas; como una centella congelada a la que nada rodea, nada contextualiza.

Creo que la diferencia radica en la reacción de los adultos, en la acumulación de la adrenalina provocada por el repentino tirón. Ese fortuito hecho hizo que yo también me cargara de aquella sensación de peligro y de miedo, y eso troqueló la escena en mi memoria y ha de permanecer en su ser hasta el último momento en que mi vida persista. Así pues, de este viaje que me alejó por primera vez de mi casa sólo conservo estas pocas estampas.

La segunda sucede a la mañana siguiente. Ha amanecido, la luz del día o mi abuela me despiertan. Muy cansado, el urbano descende una agria cuesta. El camino es de terracería, el polvo se mete por todos lados. Al frente, una fila de vehículos nos antecede en las complicaciones de la bajada. Allá, en medio de un pequeño llano, está la población de la que sólo destacan las torres del santuario. El paisaje es muy triste: piedras, polvo, matoral quemado por las injurias del sol, mucho calor. No quiero estar ahí, pero no digo nada. Mi abuela señala con el dedo y me dice mirando hacia abajo, eso que miras es Talpa.

Así concluye ese segundo grabado de los sueños y el olvido. No me pidas que te cuente cómo llegamos, cómo se detuvo el vehículo, cómo nos apeamos, cómo entramos a una rústica casa, cómo dejamos nuestro equipaje y cómo nos fuimos a comer, porque nada de eso sé, pero por fuerza sucedió. La siguiente imagen es la de un inmenso cuarto perfectamente vacío, carente de todo mueble, que pronto se llenó con los pasajeros del autobús, sus petacas y sus cobijas. No sé de dónde salieron, pero decenas de petates, incluido el de mi abuela y el mío, se esparcieron por todos lados y pronto en aquel cuarto del mesón —sin que quedara ningún espacio libre para caminar—, quedó tapizado por las humildes esteras donde esa noche habríamos de dormir.

No sé cómo es que las he construido, pero tengo estas seis certezas: debimos llegar al mesón hacia el mediodía, éste era un edificio de muros de adobe y techos de teja. Daba su fachada hacia un portal también de teja y pilastras de madera, como las de La Villa. Frente a éste había una plaza que, si se la cruzaba, saliendo del mesón hacia la izquierda, estaba el santuario. Una última cosa sé: comimos carne con chile en unos platos de barro.

Debió ser en la tarde, como entre las cuatro y las cinco cuando entramos al templo. Estaba abarrotado, un sacerdote daba misa. La muchedumbre no permitía ver nada o casi nada.

El recuerdo que tengo es del altar mayor repleto de cosas doradas y multiplicidad de luces. Yo no sabía a qué santo íbamos a pedir el milagro; si alguna figura destacaba entre la muchedumbre de bienaventurados en exhibición –como en los aparadores de las mercerías se muestran los intensos colores de los listones o los relucientes botones dorados–, era el Cristo con los brazos abiertos, flotando en medio de todo ese conglomerado metafórico del Paraíso Celeste.

En algún momento mi abuela me la mostró: es ésa, ésa es la virgen milagrosa. Yo quedé decepcionado, en la parte superior de un triángulo lleno de luces y dorados elementos, como el resto del altar, un rostro de mujer asomaba por un hueco. Era pequeño; si a algo lo podía comparar era con el de las muñecas con que juegan las niñas. Estoy convencido, aunque no me lo dijo, que mi abuela también estaba decepcionada. Claro que esto lo sé ahora que soy adulto y porque puedo reunir los siguientes datos reveladores de tal decepción. ¿Cómo se configuraron? Tampoco lo podría explicar, pero es una verdad irrefutable, como la carne con chile.

Digo pues que, cuando llegamos al atrio, mi abuela nunca se colocó en la columna de penitentes que con dificultades recorría de rodillas el lugar, rogando a la virgen el perdón de sus faltas y la sanación perdida. Nos quedamos con la mayoría de la gente, al margen de tan dramático teatro. Tan conmovidos vimos a los duelistas, como los vieron el resto de los peregrinos,

pero no nos integramos en el grupo. Así pues, no hubo por parte de mi abuela la humillación de entrar de rodillas al templo, ni la flagelación, ni los nopales hirientes, ni las coronas de espinas.

Entramos a la iglesia más con la curiosidad del turista que con la convicción de quien implora un milagro. Estoy seguro de que el deseo de obtener tal favor se le agotó a mi abuela a la entrada del templo, que es donde nos quedamos. Estábamos más cerca del bullicio del atrio que de la devota imagen milagrosa. Nunca mi abuela se acercó o intentó acercarse hasta el frente, para ver de cerca a la virgen, ni hincada le habló contándole sus cuitas. Antes de que el cura diera la bendición salimos huyendo de los pedigüños y de los vendedores de estampas que pululan por todos lados.

El recuerdo más intenso, junto con el frenazo nocturno, sucedió poco después o quizá a la tarde del día siguiente. Nos alejamos de la muchedumbre, caminamos unas calles solitarias y ya nos aproximábamos a un pequeño templo cuando ella me tomó de la mano, caminó a toda prisa y me dijo, ahí viene un ladrón, nos quiere robar, corre, metámonos y busquemos algunas personas. En efecto, eso hicimos. En la soledad de la ermita había una numerosa familia, nos sentamos justo a su lado y no salimos del lugar hasta que ellos se marcharon.

Una última imagen tengo del viaje, y por supuesto que los días que duró, las noches que dormimos en los petates o los

recuerdos del regreso están todos perdidos. Sólo sé que retornamos y que mi abuela, poco antes de entrar a casa me hizo una advertencia que demuestra la decepción que tuvo y me confirma la mía propia. Yo regresé con la desilusión de los viajes, tenía la seguridad de que odiaba hacerlos. El desengaño de ella quedó sintetizado en dos preguntas y una instrucción.

Caminábamos por la banqueta de la casa cuando se detuvo, me hizo levantar la cara para mirarla a los ojos y me preguntó: ¿te gustó Talpa? Bajé la mirada y no contesté nada. Insistió: ¿quieres que el próximo año volvamos a ir? El silencio fue mi nueva respuesta. No preguntó más, me tomó de la mano y seguimos caminando. Antes de entrar sintetizó con estas pocas palabras lo que opinaba de aquel peregrinar: tienes razón, es un pueblo mugroso; si tus padres te preguntan cómo es, les dices que muy bonito.

Dos visitantes incómodos

A mediados de los años cincuenta, cuando mi padre todavía era un hombre joven, pues no había cumplido los treinta, recibió la visita de estos dos desconocidos. Así pues, incumpliré la promesa que te hice de contarte ciertos recuerdos de mi infancia pues sucedieron estas cosas antes de que tú y yo nacióéramos, primo, pero creo que te hará gracia lo que ahora te contaré.

Él fue muy discreto en referirnos hechos de su vida que no nos incumbían. Parecería que tuviese cierto pudor respecto de cosas que, bien vistas, no eran motivo para apenarse; por el contrario, algunas, dignas de elogio. Yo nunca comprendí esa reticencia; me parecía que participaba de una mal entendida reserva. Decía implícitamente a sus hijos, eso no pasó en tu año; no mires para atrás, es inútil. Hoy, que Fernando ha crecido y me pregunta cosas de mi pasado o de su infancia que no reconoce, me sucede lo mismo que a él, me descubro sonrojándome

cuando intento narrar ciertos hechos, como si me hubiesen sorprendido en falta. Estoy convencido que eso era lo que él percibía, se sentía llamado a rendir cuentas. Y más injustamente enjuiciado pues quien reflexiona esos hechos a posteriori, puede muy bien concluir cuál sería la determinación más apropiada, pues a toro pasado, todos somos excelentes rejoneadores. Te juro, primo, que mi curiosidad por enterarme de viejas anécdotas nunca fue movida por un malsano propósito, tampoco tuve o he tenido la intención de juzgar a nadie. Me mueve la simple y quizá imprudente curiosidad.

Quiero decir que yo me enteré por mi madre, hace años, de esas dos visitas. Y aunque mi padre siempre narraba muchas anécdotas, éstas nunca se las escuché. Los desconocidos estuvieron en el taller aquel que se encontraba frente a la Cruz Roja, en fechas muy cercanas una de la otra.

Una mañana, trabajaba en la soledad cuando entró un desconocido y sin decir nada ni pedir permiso para hacerlo se sentó en una silla frente a él. Nunca lo había visto, pero de inmediato supo quién era. Vestía chazarrilla, su piel era blanca, su cara redonda y su pelo encrespado. Dijo mirándolo a los ojos: Pablo, soy Simón Morales, tu padre; he venido a explicarme. Él, que desde un primer momento se había puesto pálido de la cólera, pronunciando mal las palabras contestó: se equivoca señor, yo no tengo padre; haga el favor de irse. Sí, sí lo tienes, soy yo. No lo tuve cuando lo necesité, ahora no tiene caso remover

eso.

De inmediato se puso de pie, para remarcarle que era indispensable que se marchara sin demora porque si no lo hacía, a empellones lo obligaría a retirarse. Vamos, ya se lo dije; váyase de aquí, no me obligue a sacarlo. Por favor, escúchame sólo un poco. ¡Márchese!

En la segunda ocasión sí hubo testigos de la escena. Como tres meses después de aquella desagradable charla sucedió ese otro encuentro. Habían iniciado las fiestas de la Candelaria y no era infrecuente que pasaran por el taller jinetes montados en sus hermosos caballos.

En ese tiempo mi padre era director técnico de un equipo de fútbol de barrio. Había la fama de que se juntaban más para embriagarse que para practicar el deporte, y el lugar de reunión y sede del club era el taller. En esa ocasión habían empezado a beber desde temprano y a esas horas, que eran las más próximas al mediodía, ya estaban totalmente ebrios y particularmente habladores.

En ese momento pasó un jinete montado en un muy hermoso caballo. Lo vieron, el hombre vio que lo miraban y estimulado por la admiración que les causaba, hizo caracolear y avanzar lentamente a su bestia. Terminó de pasar y uno de los contertulios, que ya estaban todos riendo estentóreamente las ridiculeces de aquel cofrade de la Candelaria, se puso de pie, se asomó para seguir viendo al bailarín caballo y a su amo. En

efecto, ahí seguían avanzando lentamente. El futbolista volvió la mirada a sus amigos y les dijo, ahora verán cómo hago que se regrese.

Le gritó a voz en cuello, para que todo el barrio lo escuchara, se le cayó la cola. Sigilosamente regresó a su lugar, tomó las fichas del dominó con que estaban jugando y fingió que ahí no había pasado nada. En efecto, el hombre y su bestia regresaron, y no sólo regresaron, sino que el sombrero jinete, indignado y valentón, hizo entrar a su animal en el taller.

Esa casa ya no existe, la demolieron; hay en su lugar una construcción moderna en la que funciona una farmacia. Y aunque en esos viejos edificios las puertas eran altas, no debió ser fácil hacer entrar en ese reducido local tan grande corcel. Ya me imagino al jinete inclinando la cabeza para poder entrar. También me imagino a la montura dando de empellones a la mesa del dominó o tumbando las sillas donde estaban sentados los amigos. Dijo, ¿quién es el hijo de la chingada que me gritó?; si tiene huevos, dígamelo en mi cara. Mi padre, que trataba de contener la risa, como en la otra ocasión se puso de pie y lo enfrentó. Pero no descalificó a su adversario como en la otra ocasión, sino que se explicó, tratando de darle una satisfacción: mi amigo, no nos haga caso usted, ya estamos borrachos; no nos lo tome a mal, nos da envidia su hermoso caballo. Vamos, apéese usted, y si no se le hace muy tarde para la cabalgata, tómese un trago con nosotros.

El hombre no quedó del todo satisfecho con la explicación, pero reculó. Ya salía cuando remachó su insolencia con un último insulto: chinguen a su madre todos. Y se alejó al galope. Otro del Imperio, que así se llamaba el club, dijo cínicamente, pero, ¿por qué todos, si yo no dije nada y ni me reí? Por supuesto que le festejaron la ocurrencia y salida final del embrollo.

En aquella ocasión en que mi madre me lo contó, ya no era yo un muchachito para entonces, sino un hombre entrado en años, me dijo que pensaba que mi padre debió haber hecho lo contrario en cada caso, es decir, que le faltó paciencia con Simón Morales e insolencia con el hombre del caballo sin cola. Sin duda, tenía razón. Yo guardé silencio frente a sus palabras, pero tengo para mí que, si a mí me hubiese sucedido, habría actuado exactamente igual que como él lo hizo; y no me mueve para creer eso, exclusivamente, el amor filial.

Tintineante ramo de llaves

Primo, dicen que tras el triunfo del franquismo se impuso una consigna: Franco manda, España obedece. Yo creo que mi casa constituía un espacio extraterritorial de aquel país pues Pablo mandaba y su mujer y sus hijos obedecíamos. Lo digo en serio primo, aunque lo mejor es reírse: ¿qué se le puede hacer? Pero de que en mi casa se vivía bajo una dictadura, eso ni duda. Nada tengo que explicarte; en tu familia pasaba igual, o casi. En la inmensa mayoría de los hogares, tengo para mí, sucedía lo mismo. Hay quien dice que eran los tiempos. A lo mejor, pero yo opino que ahí había otros ingredientes, como la mentalidad autoritaria, la intolerancia, la ignorancia.

Dicen los cronistas que cuando empezaba el movimiento estudiantil de 1968, el ejército disolvía las manifestaciones, atrapaba a algunos muchachos, que en términos generales andaban melenudos, ahí mismo los trasquilaban y luego los liberaban. Pues bien, la gente que veía tales abusos, en lugar de

unirse a las manifestaciones o defender a los estudiantes, felicitaba a los soldados porque hacían lo que se debía hacer, cumplían lo que los padres blandengues no se atrevían, en fin, usaban una torpe frase: meterlos en cintura. ¿La recuerdas? Caray, como si andar mal fajado fuera nocivo para la salud.

Mi padre nunca nos rapó del pelo, pero sí teníamos prohibido dejárnoslo crecer; incluso, no pocas veces nos amenazó con trasquilarnos, y aunque no llegaba a esos límites de la violencia, tenía otras maneras de imponerse. Sólo los que vivían en México gozaban de esas libertades. Cuando en las vacaciones de la universidad viajaban al pueblo, llegaban mechudos y barbones, como el Che Guevara, pero a los pocos días, y posiblemente sin que mediara orden ninguna (maldita sea, primo, sin que mi papá tuviera que abrir la boca), mis hermanos iban a la peluquería. Debo reconocer que con el tiempo la cosa cambió. Cambió porque la moda del pelo largo se fue quedando atrás, pero también porque él se daba cuenta de que, con los años, imponerse a la voluntad de todos sería cosa difícil. Y esa coerción absoluta implicaba incluir a mi madre en tal sujeción y ella, por supuesto que nos defendía, aunque no le gustara aquello de que anduviéramos greñudos. Bien recordarás que su espíritu era, por natural, tolerante.

Así, mis hermanos y yo crecimos influidos por esas dos corrientes, la impetuosa de la imposición que ejercía mi padre y la suave de la paciencia que nos mostraba mi madre. Somos,

mis hermanos y yo, una curiosa y contradictoria mezcla de esas actitudes. ¿Cuáles nos troquelaron más? Sin duda, las reposadas y sensatas de ella. Casi todos somos amables y concesivos, aunque ocasionalmente tenemos unos terribles abruptos que se nos pasan rápido y entonces cogemos una silla, nos sentamos en ella y volvemos a sonreír.

Recuerdo que desde muy pequeño los domingos mi padre me llevaba al taller. Una cuadra antes de que llegáramos ya estaba yo insistiendo en que me diera el llavero para que yo abriera. Esas tenacillas metálicas me parecían unos verdaderos prodigios: cómo era posible que, siendo tan pequeñas, tuvieran el poder de vedar o permitir el paso a través de una pesada puerta; a esto debes agregar que quien las usaba debía ser alguien muy importante en su casa, sin duda, el papá.

Todo eso quería para mí y lo podría alcanzar si mi padre consentía en cederme ese tintineante ramo de llaves para que yo abriera, pero impaciente y mal humorado, nunca admitía hacerlo. Me decía: qué bien...tecito sopla por aquí o, si el caso lo ameritaba, de manera brutal resolvía el asunto: ¡no estés chingando! Si yo no debería ser inepto para abrir puertas, terminé por creérselo y cuando en alguna ocasión aceptó cederme aquellos adminículos metálicos, en efecto, me conduje tan torpemente que me las arrebató majaderamente y confirmó que yo era un estúpido en esos menesteres.

En alguna ocasión en que mi padre y mi abuela se alejaron

por varios días de la casa, tuve de nuevo la oportunidad de usar el privilegio de portero que, para esas fechas ya temía y hasta sudaba si había necesidad de enfrentar tal tarea. Resulta que un domingo que regresábamos de misa, mi madre, a la que también se le dificultaba usarlas, me dijo: anda, saca las llaves; están ahí en la bolsa que traes, y abre, por favor.

Ella se había retrasado unos pasos y varios de los hermanos nos apiñábamos en la puerta de la entrada, esperando inquietos a que acabara de llegar para que abriera. En efecto, yo traía una bolsa con cosas que compramos de pasada en el mercado y en el fondo estaba el pequeño conjunto de piecillas metálicas. Las cogí instintivamente y hasta que estaba a punto de investir la cerradura me di cuenta de que no quería hacer eso, pero no me atreví a reconocerlo ante mis hermanos, que me apuraban para que abriera porque les urgía pasar por el baño. En un movimiento que imaginé imperceptible para los demás, en lugar de empuñar la llave necesaria y dirigirla hacia la primera de las cerraduras, se las lancé a mi madre como queriendo decir: mira qué generoso soy, te daré la oportunidad de que tú abras.

Ella se sorprendió por el intempestivo viaje de las llaves hacia ella, pero también por lo majadera que terminó siendo mi acción y, cogiéndolas con dificultad, se aproximó y antes de intentar abrir me dio sin convicción un manotazo. Yo, indignado por lo que pensaba era un abuso de mi madre ante mi generosa

concesión, intempestivamente y sin reflexionar en lo que hacía, repliqué el gesto de ella y le estampé en el antebrazo la palma de mi mano justiciera.

Ella dejó de hacer lo que hacía, y mirándome con un gesto imposible de describir pero que mezclaba la risa y la molestia me dio uno bien dado y me aclaró: entiende, a los padres no se les pega, ¿está claro? No fue el caliente y fuerte escozor lo que me hizo salir de una especie de sueño en el que estaba, sino las palabras de ella que sonaban con fuerza en mi mente. No obstante, no tuve tiempo de acabar de comprender la escena porque mis hermanos hicieron un barullo inmenso. Se burlaban de mí, repetían las palabras de mi madre haciendo muecas o ellos mismos me daban nuevos manazos o empujones, no con la intención de castigar mi atrevimiento, sino remedando mis torpezas.

Primo, así fue como descubrí que aquello de que Pablo mandaba y todos los demás obedecíamos era relativo. Los manotazos eran práctica corriente entre los hermanos y todos teníamos la libertad de usarlos en defensa propia cuando el otro se había extralimitado en alguna cosa; funcionaba como una ley no escrita de los equilibrios a la que podíamos acudir en toda ocasión que fuese necesario. Ese principio se aplicaba entre nosotros y ese “nosotros” (para mí), la incluía a ella, por eso es que me volví en su contra con tal atrevimiento; a mi padre, estoy seguro, jamás hubiera osado darle un manazo, aunque sintiese

que la justicia estaba de mi lado. Ese día comprendí dos sutiles diferencias que separan el mundo de los adultos y de los niños.

Tiempos sin reloj

Esta ciudad en que nací, que nunca terminará de ser mía, era muy pequeña en esos años. Que no lo sea, querido primo, no me causa nostalgia porque aquellos tiempos, aquellas calles, aquellos recuerdos, sí me pertenecen.

Sólo era necesario caminar siete calles y entonces se pasaba del sur al norte. Al sur estaba esa casa en que vivíamos y de la que ya te he hablado. En el otro extremo se encontraba el taller de mi padre.

De los muchos hijos que tuvo (el tuyo igual, aunque no tantos) me tocó pertenecer a una generación intermedia, al igual que a ti, primo. En mi familia, cuando yo era un niño, hubo unos iniciales tiempos de éxitos, aglomeraciones y algarabías económicas; luego ya no. Cuando yo era pequeño y los mayores de mis hermanos habían entrado en la adolescencia conocimos la prosperidad; el pequeño taller de mi padre llegó a parecer una bogante maquiladora, un emporio artesanal en que la riqueza se asomaba sonriente. Después, cuando terminó de crecer la

generación de mis hermanos mayores, decidieron migrar a la gran ciudad; en esos deseos de una otra prosperidad no tuvo poco que ver mi padre. Les decía, mírenme, no quiero que el resto de sus vidas pasen las estrecheces que yo viví, váyanse de aquí a buscarse una mejor vida en la universidad.

En dos o tres años mi padre y yo nos quedamos solos. Arrinconamos las máquinas y él se dijo: pronto volveré a montar esta industriosa red, en cuanto termine de enseñar el oficio a los tres que me quedaron. Se refería a Gus, a Yoni y a mí. Como bien lo sabes, eso nunca sucedió y nuestro taller continuó su ocaso, entre otras causas, porque Gus y yo nos iríamos años después siguiendo el rastro de los primeros. Pero en los momentos iniciales de estos segundos tiempos, de esta representación de la vida posterior al intermedio, pasaron muchas cosas, entre otras, que yo era un muchachito como de once años, y mi padre no podía, aunque lo intentó, cargar en mis espaldas las responsabilidades de un operario, y con Gus menos; en cuanto a Yoni, ni qué decir, que en esos momentos tendría cinco o seis años.

No obstante, lo intentó y yo colaboré muy solidariamente. El caso es que de repente, sin pensarlo y sin saber cuáles serían las consecuencias, me vi incorporado en el mundo de los adultos. Ese espaldarazo sucedió de esta graciosa manera.

El sábado es la jornada más importante de la semana, ese día menudean los trabajos concluidos y cobrados, por ello es

que las labores deben empezar a las seis de la mañana en lugar de a las ocho. Un viernes en la noche mi padre me dijo, mañana iniciarás como operario, es necesario que te levantes entre cinco y cinco y media, para que te prepares y prepares tus cosas. A las seis deberás estar en el taller; ahí te espero. Y se marchó, de regreso al negocio.

Yo me puse muy contento, iba a empezar mi vida y mis responsabilidades de adulto; me sentía y me sabía importante. Con ese cúmulo de emociones me fui a dormir. Pero en aquellos tiempos no había un reloj despertador en mi casa. Por lo tanto, cada adulto tenía su método para calcular el momento en que debería ponerse de pie, ya porque el canto de los gallos lo despertara, o porque el trajín de los viandantes allá afuera se lo hacía saber o porque las llamadas a misa lo habían hecho más que patente. En mi caso, mi padre se olvidó de este detalle y yo jamás me imaginé que era necesario usar uno. En cierto momento de la madrugada simplemente me desperté, me puse de pie y salí a la calle.

Mi abuela, que dormía en la habitación próxima a la puerta de entrada, sintió el movimiento y en la oscuridad me interrogó: ¿quién eres, qué haces? Yo respondí, soy yo, abuela, ya me voy al trabajo. ¿Tan temprano?; ¿ya va a amanecer? No supe qué responder y salí sin contestar nada. Era la temporada previa a la navidad, los graves sofocones del verano han quedado atrás, las mañanitas son realmente un vaso de agua fría que te bebes

cuando más sed tienes. En los márgenes de la plaza mayor se instalaban, y creo que aún lo hacen, vendedores de temporada que hacen los días más vivos, más intensos. Además, iba a recibir un salario como el de un obrero, no una paga menor. En fin, había sobrados motivos para estar muy contento. El frío sereno hacía que la piel se me llenase de puntitos; sonreía de lo contento.

A las dos cuabras pasé por las bodegas del mercado y el olor ácido y agresivo de las cebollas, mezclado con el dulzón de los chiles secos se unían para inundar en sus contradicciones mis narices. Yo no reparé en que estuviese la calle desierta, ni que aquellos desmañados jornaleros no estuvieran ya en la fajina. Llegué finalmente a la plaza de La Soledad, vi los bultos de las mercancías de los comerciantes ambulantes y éstos al pie de los mismos durmiendo y tampoco reparé en nada. Finalmente llegué al taller. Toqué, mi padre me abrió y después de un momento me interrogó: ¿ya viste qué hora es? No, pero supongo que ya es tiempo de ponernos a trabajar; me desperté y me vine. Sin terminar de prender las luces agregó, es muy temprano, todavía no es hora; duérmete un rato, yo te hablo cuando sea el momento.

Mi desilusión fue muchísima. Mostré un poco de resistencia y agregué: aquí no hay dónde se pueda dormir. El insistió, acuéstate allá adentro, en la mesa; toma esta sábana, no te des-

vistas, acuéstate así. Pero, ¿no escucharemos el radio, ni compraremos tuba y viroles? Sí lo haremos, pero ya que vaya a amanecer, ahora acuéstate. No tengo sueño. No importa, si no te puedes dormir, de cualquier manera, descansarás.

Finalmente me acosté y por supuesto que en aquella dura e incómoda mesa me volví a dormir. Y lo hice tan profundamente que no me di cuenta a qué hora amaneció. Como a las ocho de la mañana, con el sol a pleno, el taller abierto, la gente entrando y saliendo a nuestro negocio, me despertó mi padre. Por supuesto que para mí fue una desilusión porque ese día no escuchamos las rancheras de la radio ni bebimos tuba, pues la hora para hacerlo ya había quedado atrás.

Refugiarse en la oscuridad de una noche ajena

Ya lo sé, ya lo sé primo, estoy particularmente expansivo. Eso me sucede siempre que te veo. Además, debes pensar que, por estos tragos y los humos del alcohol, como dice la canción, no es necesario que me tires de la lengua, sino por el contrario, hablo más de lo que debería. Así es como vine a recalar en esta vieja historia que no habría para qué contarte si respetara yo el propósito que me hice y que tú me mandaste: hablarte de cosas de mi infancia, de aquella infancia hace tiempo perdida, que tú no conociste porque esos años los pasaste acá en México.

Y si en otro momento te he hablado de cosas que le sucedieron a mi padre antes de que tú y yo nacióéramos, no tendré reparo ninguno en relatarte una historia que le pasó a nuestra abuela Nicolasa mucho antes de que nacieran nuestras madres. Eso debió suceder ya bien entrados los años veinte, cuando ella tendría trece o catorce años.

Muy fragmentado está lo que ahora te diré que, por lo demás, así eran todas las historias de ella. ¿Recuerdas el tono

bajo de su voz y las largas pausas que hacía? Pues a pesar de estas dificultades, no son pocas las que recuerdo que me narró y no mal guardadas conservo en la mente. Quiero decir que no hay un principio ni un fin qué referir y no estoy ahora en la tesitura de inventármelos, ya habrá otra ocasión para hacerlo. Quizá digas que mal empezó este cuento, pero ten paciencia y ya verás que algo sacaremos en claro. Así pues, imagínate a esa muchachita en flor y su familia caminando por las penosas serranías de su tierra natal.

¿De dónde venían, para dónde iban, por qué viajaban, qué tan numerosa era esa compañía? Todo eso se ha perdido. Sin embargo, no es difícil concluir algunas cosas. No había entonces oficio más humilde ni creo que hoy haya otro más sufrido y peor pagado que el de jornalero. ¿Cuántas veces no hemos visto los galpones ennegrecidos de los trabajadores que hacen la zafra en nuestros calurosos llanos? ¿Acaso hay gente más pobre y triste que ellos? Pues a esa labor se dedicaba el padre de la abuela Nico, y aunque no hacían, principalmente, el corte de la caña de azúcar sino la pizca del maíz, la miseria se enseñoreaba en sus vidas como ama indiscutible de sus destinos y ya te imaginarás que, a principios del siglo veinte, tal oficio debió ser mucho peor que en nuestros días, con revolución o sin ella.

De seguro que venían de San Gabriel, que ahí era donde

vivían, según supe después. Y lo más probable es que se dirigieran a la hacienda que el amo tenía en Apulco, para hacer la pizca. No, primo, no creo que esto hubiera pasado en El Limón, la aldea donde nació tu madre y por supuesto la mía, porque en ese lugar, nada lejano de los otros dos, se estableció mi abuela ya de casada, que para allá se la llevó el marido. Quiero decir que debieron andar siete u ocho horas pues la hacienda no estaba exactamente en ese segundo pueblo, sino trastumbando las lomas, como quien va para Tonaya.

Se les hizo de noche en el camino y no hubo más remedio que buscar un lugar dónde detenerse y esperar ahí hasta que llegara la luz del nuevo día. Estaba formado el grupo por tres o cuatro familias, no más; después de averiguar un poco encontraron uno de estos cobertizos que te digo, donde les permitieron quedarse. El hecho es que el jacal estaba en medio de la nada y por ello la oscuridad fue su manto y unos jarros de agua su cena.

Ya me imagino a los señores sentados en una piedra, fumándose un cigarro de hoja, sosegándose de las penas subidas y bajadas. O a las señoras, preparando el lecho de tierra donde pronto dormirían. Decía mi abuela que uno de aquellos hombres era muy apuesto. No sé si utilizaba exactamente esta palabra, posiblemente no, pero recuerdo muy bien el brillo de sus ojos cuando lo decía. Entre las muchas virtudes del amigo estaban sus habilidades para cantar o tocar la guitarra, pero esa

noche sin instrumentos para tañer, sólo quedó el recurso de contar historias, para lo cual también sabía lucirse muy bien. Tomó la punta de la madeja a propósito de un alacrán que las señoras encontraron en el jacal que ya aderezaban.

Compadre Epifanio, dijo el peón al abuelo, ¿conoce usted la historia del hombre que temía mucho a los alacranes, aunque nunca los había visto en su vida? El abuelo, sonriendo en la oscuridad repuso, pues cómo la voy a conocer compadre, que de seguro se la acaba usted de inventar.

Sí primo, ya sé que no debería llamarlo abuelo, sino bisabuelo, pero es una manera de decir, y ahora, te voy a pedir que por favor no me interrumpas, que me harás desatinar y no llegaré bien al cabo del hilo en el que quiero terminar.

Cómo cree compadre, continuó el tenor. Resulta, y esto es la puritita verdad, que había un hombre que, por lo que sabía y había oído decir de cómo la gente moría fulminada y en poco tiempo por los piquetes de los alacranes, les agarró tal miedo que, sólo de pensarlo, sufría y sudaba frío, muerto del miedo.

Al calor de la charla que prometía ponerse interesante, los demás se les fueron acercando. La abuela se recogió junto a su padre, dispuesta a escuchar muy atenta lo que se decía. Pues así fue, como le digo. Pasaron los años y el hombre, siempre marcado por la incertidumbre y el miedo, vivía sin encontrar remedio para su curioso mal. O mejor sería decir sin buscarlo, porque, piense usted compadre, dónde podría hallarse cura

para tan inimaginable enfermedad.

Un día se encontraba el pobre penitente parado al pie del mostrador de la tienda. Sucedió que para entretener el tiempo le habían matizado unos mezcalitos; hacía ya rato que se los bebía en compañía de un amigo con el que había entrado al negocio del amo don Juan Nepomuceno. Mientras hablaban de sus cosas bebían, fumaban, juraban, decían y tornaban. Al poco tiempo al amigo se le acabaron los cigarros y dijo al dependiente, ey tú, muchacho, dame unos cigarros y unos cerillos. El mozo entregó lo que le pidieron y el hombre se entretuvo un poco, echando en la cajetilla nueva de cerillos los pocos que de la otra le quedaban. La cerró sin fijarse en lo que hacía y se la metió a la bolsa del pantalón. Cuando eso hacía, descubrió que la estampa que tienen por la parte de atrás estas cajitas, traía muy bien labrada la imagen de un alacrán.

De momento no dijo nada, ni siquiera se le ocurrió pensar en el amigo que frente a él charlaba, sin darse cuenta de la cosa que acababa de pasar. Siguieron su plática de cómo sería bueno hacer la escarda nada más empezando el mes de agosto, porque las lluvias se habían adelantado y no poco. No pasó mucho tiempo sin que el hombre por fin asociara la litografía de sus cerillos con aquel miedo rancio del amigo, y sin aguantarse más la curiosidad lo interrumpió y le dijo intempestivamente: oye tú Crescenciano, si mal no me acuerdo, tú me has dicho que nunca en tu vida has visto un alacrán.

El hombre de inmediato se puso en alerta y, desconfiado, respondió: y eso, ¿a cuenta de qué viene? No, por nada, nada más es que me acordé y, bueno, porque en los cerillos que me acaban de entregar está uno. El mentado Crescenciano de inmediato se puso pálido, tomó el vaso en que le habían servido el tuxca, le dio un trago y respondió: cómo crees que puede ser eso posible, no es verdad, estás mintiendo.

Vivo no, pintado, ya ves que les ponen luego muchas cosas a esas cajitas; ¿te gustaría verlo? Crescenciano, que ya había empezado a sudar de oír que ahí en los cerillos estaba un alacrán, cuando el amigo le ofreció mostrárselo dio un paso atrás, se apoyó en el mostrador, sacó el pañuelo y secándose la frente dijo, ¿tú crees que sería bueno? No lo sé, a lo mejor; si miras éste, como nada más está dibujado, pues no hay razón para que te espantes ni correrás peligro ninguno. Creo que tienes razón, respondió el amigo, pero lo dijo nada más de dientes para afuera, pues la idea en lugar de apaciguarlo, más enfermo lo ponía.

Además, quién quita y, ya una vez viéndolo, te curas del espanto. Así como luego la gente le pierde el miedo a las cosas que le tiene miedo, ¿no lo crees tú? Pues sí, a lo mejor y tienes razón, aunque no sabría yo lo que haría, que nada más de pensar que los saques como que estoy a punto de privarme. No, hombre, como crees, date valor tomándote de un trago el vaso ese del tuxca y ármate de valor.

Así lo hizo Crescenciano y, cuando se terminó el pajuelazo, el amigo sacó la cajetilla y le mostró la pintura. Por unos segundos el aterrorizado amigo hasta dejó de respirar; no hallaba qué hacer ni qué decir. Las únicas palabras que pudo pronunciar fueron: esa es la cola —apuntando con el dedo—, con esa es con la que pica, ¿verdad? Pues sí, así es como sucede, contestó el otro. Tomando fuerzas de flaquezas, Crescenciano aproximó el dedo y dijo, a ver, déjame tocarla. Y así lo hizo. Con la punta del dedo repasó la imagen de la cola del alacrán.

¿Y qué crees que pasó en ese mismísimo instante, Epifanio? Reticente, el abuelo se negó a responder, creyendo que, dijese lo que dijese, su compadre habría de salir con alguna de sus cosas, así que contestó: pues yo qué voy a saber, compadre, dígalo usted, que usted es el que lo vio. Tiene usted razón compadre, porque resulta que el hombre que platicaba con Crescenciano y traía esa cajetilla no era otra persona, sino yo mismo. Lo que quiero decir, compadre, es que el hombre cayó fulminado de inmediato. Con ayuda del muchacho de la tienda le eché agua, le piqué con una aguja por debajo de las uñas, le traje un cura para que lo exorcizara, pero por nada resucitó, estaba bien muerto. Y si usted cree que Crescenciano murió de dolor de costado por tan grande susto, o algo así, está usted muy equivocado, porque estoy seguro, y se lo puedo a usted jurar, que ese hombre no murió de otra cosa sino de piquete de alacrán, la cosa que más temía, aunque el que lo perjudicó no

estuviera vivo, y tan sólo fuera una pintura.

Algunos de los escuchas se rieron de la historia del tenor, otros protestaron, otros más pidieron que contara algo más. Y así pasaron, primo, a la fábula aquella del hombre que se había casado con una mujer necia y que ahogada, aunque se ahogara, decía que el fierro ese que habían visto no era un cuchillo, sino unas tijeras. También les contó la del fantasma que le movía por las noches la cama al amo, don Carlos Vizcaíno, el suegro de don Juan Nepomuceno, para que desenterrara una olla con monedas de oro o la no menos verdadera del hacendado que se enamoró de una loca muy guapa, que no le pudo condescender por el enredo que traía en las ideas, o de la llegada de los carranclanes a San Gabriel y de cómo se robaron todo el maíz del pueblo y, para más enchilarlos, le cambiaron el nombre al lugar, que pasó a llamarse Venustiano Carranza.

En fin, primo, que así siguió la plática por un buen rato, según me contó la abuela, pero yo creo que no debió ser por mucho tiempo, pues estaban tan cansados que más de alguno, aunque interesado en lo que se decía, estaba ya cabeceando. La abuela Anselma, desde el calpón o calpuli o como se les diga a esos jacales, le echó un grito al marido y le dijo: Epifanio, basta por hoy, vénganse a descansar, ya mañana le seguirán con más historias de muertos y fantasmas. Y aproximándose hacia ellos, tomó de la mano a Nicolasa, que también estaba renuente a meterse, a pesar de que no era poco el sueño que tenía. Y así,

todos terminaron por irse a refugiarse en la oscuridad de una noche ajena, de aquel ajeno jacal.

Cuenta la abuela Nico que debió dormirse de inmediato pero que en algún momento de la madrugada se despertó. Al principio no abrió los ojos, pensaba que en cualquier instante empezaría a amanecer, pero se equivocaba. Aburrida porque nadie hacía trazas de levantarse, trató de mirar para todos lados, pero la oscuridad era mucha y el frío no poco. Por el techo de palma se colaba por muchas rendijas la tenue luz de las estrellas. Entonces descubrió que su vejiga rebosaba de la mucha agua que había cenado y se dijo, y ahora qué hago, si no conozco ninguna vereda por aquí, ni nunca me he refugiado al cobijo de algún cercano árbol.

Miró a su alrededor y sólo vio los cuerpos terciados y apeñuscados unos contra otros. Ni cómo caminar entre tanto bulto y tanta oscuridad. Pero las necesidades son las necesidades y los miedos son los miedos, así que se las ingenió para aliviar sus males sin tener que salir de la choza. Quiero decir, primo, que se puso en cuclillas, hizo de la mano un cuenco, lo puso en medio de su entrepierna y, con mucho cuidado, empezó a vaciar ahí su contenido. Cuando calculó que la jícara que formaban sus dedos se había llenado, lanzó esa tibia y bendita agua hacia sus espaldas, para no ver al que se levantara indignadísimo, para fingir que ella no sabía nada de lo que acababa de pasar.

Como nadie se despertó, se dio valor y ahora miró hacia

el lugar por donde se había echado el fabulista. Con no mala puntería lanzó una y otra vez sus bendiciones en dirección al guapo y parlanchín amigo de su padre. En fin, que terminó su faena, se acomodó otra vez contra las espaldas de su madre y se volvió a dormir.

Y hasta aquí llega el cuento de estas picardías o necesidades o cobardías de mi abuela, o todo ello junto. Que Nico se reía y era feliz contándome aquello, no hay duda. ¿Se interesaba en darle un fin a su historia?, por supuesto que no, pues si ella lo había visto y lo había protagonizado, qué necesidad había de aclarar nada más, si todo estaba muy claro. Una última cosa pasó que no menos la hacía reír cuando me la contó. A la mañana siguiente, cuando ya habían reiniciado su camino, el tenor le iba diciendo al abuelo Epifanio, pero mirando de vez en cuando hacia ella, oiga compadre, no le da la impresión a usted como que anoche debió llover un poco, porque yo amanecí medio mojado. El padre de mi abuela respondió, no lo creo compadre, me habría dado cuenta, más bien debió ser el sereno de la noche, ya ve usted qué ralas estaban las palmas del techado.

Protagonismo incidental

El primer gran sismo del que tengo memoria sucedió en 1973 y debo reconocer que quedé gravemente aterrorizado por aquel espectáculo que se mostraba indiferente con nosotros, en oposición a nuestro sobrecogido protagonismo incidental. Después, primo, mi apreciación cambió porque tú y yo sabemos que nuestra tierra es paraje en el que tiembla con mucha frecuencia, por ello la gente no da gran relevancia a estos violentos fenómenos y yo, con los años, integré con normalidad a mi vida cotidiana esos arrebatos, como todos hacen allá.

¿Nuestros paisanos –y tú y yo incluidos–, son personas indolentes ante la muerte?, ¿nos tiene sin cuidado que en cualquier momento se nos pueda venir encima la casa y quedemos sepultados bajo los adobes, las tejas, las vigas, los muebles? No lo sé, pero existe esa imagen.

Sucedió por la tarde, después de la hora de la comida. Eran esos monótonos y amarillentos momentos de la digestión

y el intenso calor. Mi padre y yo trabajábamos en silencio, únicamente se escuchaba el repetitivo zumbido del ventilador. Él, de repente, me sacó de mis abstracciones y me dijo, salgámonos, está temblando. Yo no lo percibía, pero me precipité tras él y en tres pasos ya habíamos llegado a mitad de la calle. Yo creo que fuimos de los primeros en ponernos a salvo. Poco a poco la gente empezó a reunirse en ese lugar, formando pequeños grupos de cuatro o cinco personas. Entonces sí, entonces empecé a sentir el colérico movimiento que nos sacudía para uno y otro lado.

En ese tiempo el taller se encontraba en la esquina de Gabino Barreda y Guerrero, muy cerca del centro de la ciudad. No hacía mucho tiempo que la primera calle había sido ampliada. A una vieja casona, para ser alineada, debieron demolerle una buena parte; un vecino tenía instalada una carpintería en los cuartos que de ella quedaron; más que un caserón al que la picota le había perdonado unas habitaciones parecía un patio en ruinas.

Quiero decir también que, con los arreglos, ambas vías quedaron muy anchas y desde la bocacalle en que estábamos parados podía verse muy bien para todos los rumbos de nuestra pequeña ciudad. En particular, recuerdo que mi padre decía, señalándole a algún extraviado el rumbo ascendente y espectacular de la Gabino Barreda, ¿ve usted el volcán allá al fondo? pues bien, váyase todo derecho y llegando a la primera grada, dé

vuelta a la izquierda.

Y en efecto es así, pues ciertas calles que discurren de sur a norte tienen una perspectiva de los volcanes que, en los días despejados, producen en el caminante la sensación de que se podría llegar hasta las estribaciones de ese par de colosos si se camina hasta el último confin de éstas.

Tres imágenes conservo muy nítidas en la memoria y que mejor sintetizan el terrible espectáculo que tuve que presenciar esa tarde. Un muro de la carpintería que no terminaba de desgajarse, un poste que se azotaba contra el pavimento y unas botellas que en lo alto de los anaqueles de nuestro taller caían irremediabilmente.

El muro lo veía yo de perfil. Era muy grueso, como todos los muros de adobe; un metro y más debería tener de espesor. Se podían ver sus reseca y rugosa entrañas de barro y paja, que contrastaban con el enjarrado blanco y liso de ambos costados.

En los momentos más críticos del sismo, el muro se inclinó dos o tres veces hacia el lado de la calle. La impresión que tengo es que se recostaba hasta formar un ángulo agudo con la línea de la banqueta; al hacerlo, se expandía su interior como los abanicos; incluso, se podría ver a través del mismo, como se ve a través del calado con que se decoran éstos.

El hecho es que se inclinaba tanto, que nada impediría que se quedara ahí tirado. Pero no pasaba esto, el mismo y

violento movimiento que prácticamente lo había convertido en centenares de fragmentos lo regresaba a su forma y posición original. Los vapuleados tabiques de adobe no permanecían en su posición original sino por fracciones de segundo; después, de nueva cuenta el muro se volvía a inclinar. No sé cuántas veces le sucedió ese ir y venir, a mí me parecieron muchas, pero lo más seguro es que el sismo fue aminorando sus violentos ataques y en alguno de los enviones la pesada mole no pudo erigirse de nuevo. En fin, que sucedió lo que tenía que suceder y fue a desparramarse por todos lados, cuan ancha era la calle.

Con sonidos más bien incomprensibles le decía machaconamente a mi padre, mientras me sujetaba de sus antebrazos para no caerme, mira, mira. Con el poste pasaba más o menos lo mismo que con el muro. Se inclinaba violentamente hacia la calle, aunque cuando volvía a erguirse, le quedaba suficiente espacio para sacudirse en la otra dirección y hasta que lo detenía el muro contra el que chocaba o el cableado se lo impedía, volvía a tomar la dirección contraria. Era como un lápiz de plastilina que se acostaba y erguía una y otra vez, pues a diferencia del muro de adobe, rozó varias veces la banqueta y el pavimento de la calle.

Finalmente llamó mi atención nuestro taller. En lo alto de los anaqueles yo había instalado no hacía mucho tiempo varias botellas de vidrio rellenas de cierto líquido indispensable para nuestro trabajo. Como su uso no era inminente y en el piso

donde se encontraban corrían el riesgo de que les diéramos un puntapié, mi padre me había ordenado que las subiera hasta el entrepañío más alto. Este mueble de madera había sido fabricado en dos partes. La inferior, más ancha, se sostenía sólidamente al piso, además de que estaba muy bien adosada a la pared, pero la superior sólo se había hecho reposar sobre la primera y nada la sujetaba a nada; incluso, estaba tan separada del muro que bien se podía meter el brazo entre éste y la parte trasera de los estantes.

Pues bien, las botellas rodaban libremente para después precipitarse hacia la parte inferior del mueble o hasta llegar al suelo mismo donde irremediamente también se despedazaban. Eran como el tiro al blanco de las ferias. Rodaban y caían una tras otra. Fue entonces que no pude contener el llanto; con la vista nublada por las lágrimas le mostraba a mi padre el interior del taller y, al fondo del mismo, la estantería que no paraba de sacudirse.

Pasaron los sesenta o setenta segundos que duró el terremoto y por fin la naturaleza dejó de afligirnos con su cólera terrible. Yo era el responsable del aseo, así que sin agregar nada fui por la escoba, el recogedor y el bote de la basura y empecé a meter orden en ese caos. Me di cuenta de que ninguna botella se había salvado y empecé a llorar de nuevo. Mi padre, cuando se veía en peligro, en lugar de atemorizarse se encolerizaba, cargaba de adrenalina todo su cuerpo y se disponía a enfrentar

los hechos; de nosotros esperaba lo mismo y cuando flaqueábamos, como yo en ese momento, nos llamaba fuertemente la atención con un regaño que apelaba a nuestra hombría, impulsándonos a la lucha y la serenidad. Pues bien, en esta ocasión no hubo tal regaño; incluso, algo que nunca hacía, me ayudó a recoger el tiradero que se había hecho. Me preguntó con actitud reflexiva y en tono neutro: ¿Te duele algo o por qué lloras?

Yo traté de explicarme como pude, atribuyendo mi pena a las dificultades económicas que se nos dejarían venir. Es que todas se quebraron, mañana no podremos trabajar y no tenemos dinero para comprar más. Ni exageraba ni mentía; si alguien sabía bien eso era yo, yo iba a surtir los insumos y de sobra estaba informado que no teníamos dinero; deberíamos de esperar uno o dos días –quizá más– hasta que algún cliente fuese a recoger algún trabajo y nos pagase.

Piensa, repuso él, que para todo hay remedio, menos para la muerte. Luego, sonriendo fingidamente, agitó su puño izquierdo para que su reloj sonara y continuó: mañana irás a empeñarla (se refería a la pulsera de oro que sujetaba esa maquinaria sinónimo de perfección), y con ese dinero repondremos esto y cualquier otra cosa dañada; ¿cuánta gente no estará ahora mismo entrando a los hospitales, o peor aún, cuántos no estarán enterrados entre los escombros de sus casas? En cambio, nosotros no estamos heridos, ni se cayó nuestro taller. Las cosas materiales se pueden reponer, la vida no.

Ahora que soy un adulto y reflexiono sobre estos hechos estoy convencido de que no me conmovió, principalmente, ver tanta destrucción a nuestro alrededor que, por supuesto, mucho debió influir en mi ánimo contemplar ruinas por todos lados, sino la conciencia de la fragilidad humana; comprender por primera vez la consecuencia última de lo que significa el fin de la vida; la conciencia de saber que en cualquier momento podemos morir, que no somos inmortales, que no era verdad que tales cosas sólo les pasaban a los otros.

No hacía mucho tiempo que mi primo Agustín, al que no conociste, había fallecido a causa de una gravísima enfermedad, y cuando acudimos al cementerio (porque como bien sabes, a diferencia de la ciudad de México, allá en nuestra tierra no se intenta impedir a los menores que participen de tales rituales; nunca se dice, llévate de aquí a los niños, ellos no deben contemplar esto) había visto el terrible espectáculo de bajar a un difunto a la fosa y en esa ocasión observé todo como un espectáculo ajeno a mí, como si nada me incumbiera, como si yo estuviese exento de todo, incluido el peligro de morir. Ahora, unos meses después, quizá un año, mi comprensión de las cosas me había hecho darme cuenta de algo que hasta hacía poco no entendía. De momento dejé de sollozar, pero una especie de enajenación, o quizá será mejor decir de interposición de la distancia, como la sensación de lejanía que provoca la fiebre al enfermo, me duró no pocos días.

Un camino que desconozco

Gilberto tuvo la fortuna, y con su ser en la vida se lo ganó, de ser el hermano más amado de sus hermanos. No sólo amé mucho a mi hermano, también lo admiré y aún lo admiro. Ahora él ya no está aquí, pero este amor es más constante que la muerte.

Primo, creo que estoy demasiado ebrio, no hagas caso a lo que digo. Bueno, no, no. Sí, hazme caso. Hoy lo que te cuente va a ir por otro rumbo. Hoy quiero hablarte de los dos Gilbertos que tuve por hermano. Caray primo, qué miserable soy, siempre termino por hablar de mí, cuando es que debería hablarte de cosas de mayor interés. No, primo, vuelvo a errar; disculpa, no es de los dos Gilbertos, sino sólo de uno, de aquel que pervivió por poco tiempo y luego se esfumó, vencido por el otro.

Pero para que esto sea claro, si es posible seguirle la cordura a un ebrio, he de decirte primero que, en términos generales, todos mis hermanos –y yo entre ellos, por supuesto– siempre fuimos solidarios y respetuosos unos de los otros. No había

envidias, no había competencias. Lo que se tenía se compartía como la cosa más normal y, a pesar de ello, en general también, todos reconocíamos los límites y los respetábamos. No recuerdo pleitos ni grandes ni chicos, ni entre los mayores ni entre los menores; discusiones sí, muy ocasionales, por boberías de las cuales, casi de inmediato nosotros mismos nos reíamos.

Pero hubo una temporada en la que a Gilberto le dio por hacerse el pesado. Buscaba deliberadamente irritar a los otros. Bueno, así lo recuerdo, no sé cómo lo piensen los demás, quizá sólo era conmigo, pero la verdad, lo dudo. Recuerdo sus gestos excesivos, sus estridentes gritos, sus poses provocadoras y sus pantalones acampanados.

Como quizá lo sepas, mi padre había creado un sistema de turnos para ir a velar al taller. La vela consistía en llegar por la noche al negocio, encerrarse con llave (en un cajón con herramientas se escondía una pistola que teníamos prohibido tocar), instalar un camastro y dormir a pierna tendida hasta que a la mañana siguiente nuestro padre nos despertara con sus toquidos.

Cada semana se hacía un relevo del velador en turno. Estas guardias iniciaban en un domingo y concluían en sábado. Tendría yo trece o catorce años cuando hice por primera vez esta labor, pero no iba solo, sino en compañía de Gilberto, o por mejor decir, era yo el acompañante o el ayudante de mi hermano.

Uno de esos domingos, sin duda uno de los primeros, llegó mi hermano de la calle, ya anochecido; había ido con unos amigos al río, dejó la ropa húmeda en algún lugar, se cambió, me dijo, ya vámonos, y le fue a avisar a mi padre que nos íbamos a hacer la vela. Salimos a la calle, caminamos una cuadra; a la vuelta de la casa lo estaba esperando su amigo Sergio.

Éste era un hombre joven, pero ya casado y con un trabajo de adulto que le producía suficientes ingresos como para poderse comprar un auto. Y en él nos fuimos por desconocidos rumbos sin que me aclararan nada; de hecho, guardaban silencio entre ellos para que yo no me diera cuenta de sus propósitos. Fuimos a recalar al barrio del Zalatón de Juárez.

De seguro no lo sabes, pero en aquel humilde barrio, ahora muy transformado, vivían no pocas putas. No estaba ahí la zona de tolerancia, sino por un rumbo muy contrario, pero en tales vecindades vivían algunas, y tenía esa fama. Yo no sabía entonces qué era una puta, mucho menos que existieran barrios de putas; captaba una idea de lo primero, pero de seguro muy distorsionada de la realidad. El rumbo, como quizá lo recuerdes, era muy feo, y de noche y sin luz en las calles más intimidaba.

Mi hermano se bajó, me dijo: ahora vuelvo, espérame aquí, y entró en una vecindad. El lugar estaba en penumbras, pero pude ver el cuarto en qué se metió. Paralizado por el miedo no sabía qué hacer ni qué opinar, pero que desobedeciéramos a mi padre, mintiéramos sobre lo que hacíamos e irnos a meter en

ese barrio eran demasiadas cosas y todas muy graves como para no entrar en pánico. Sergio no decía nada, de vez en cuando me miraba por el espejo con un dejo de malicia. Pasaba el tiempo, él también se aburría. Se bajó, se recargó en el auto y se puso a fumar.

Así, con el paso de los minutos el temor se fue convirtiendo en tedio y éste en mal humor. No estaba dispuesto a seguir esperando y el amigo seguro que opinaba lo mismo que yo. Asomándose por la ventanilla me dijo: ve a buscar a tu hermano y dile que ya me harté, que, si no sale, yo me largo, ahí se van ustedes caminando.

No advertí nada, no sospeché nada. Imposible descubrir la pesada broma que Sergio le estaba jugando a su amigo y mucho menos la que a mí me esperaba. Me apeé, atravesé la calle y entré a la vecindad con la intención de abroncar a mi hermano. Debí suponer que estaría charlando con algunos desconocidos, continuaría bebiendo de lo que en el río habían comprado, fumando y escuchando música por la radio. Así que sin pensarlo entré en el cuarto en el que estaba.

Como bien lo sabes, en las vecindades las puertas son sustituidas con gran frecuencia por las cortinas y aunque haya algunas, éstas suelen permanecer todo el día abiertas y sólo esas mantas protegen un poco la privacidad. Este era el caso. Aparté el trapo grasiento y ya me disponía a reñirle cuando lo que vi me dejó más aterrorizado de lo que ya había estado hasta

antes.

Habían apagado la luz, pero una veladora dejaba entrever algo en medio de las penumbras. Una cama al fondo, rodeada de cortinas transparentes, trataba de crear un ambiente que separase el lecho del resto, resto que hacía las demás funciones de una vivienda. No había ahí mueble más importante que esa cama. En ésta yacía desnudo Gilberto, montado en una mujer. Gemía extrañamente.

Fue ella la que primero notó mi presencia. Lo apartó y se sentó en el borde; con la mano hizo a un lado la cortina y dijo, al notar el parecido que tenía con él: pero si traes chaperón, ¿por qué no me lo habías dicho? Volvió la vista para ver a la cara a su cliente, sonriéndole cínicamente; luego me miró a mí y también me interrogó con esa desvergüenza vulgar: ¿tú también vas a querer aquellito? Mi hermano me miró muy molesto y me ordenó: órale cabrón, qué quiere aquí; lárguese, ahorita voy.

La mujer se apoyaba con la punta de los dedos en el piso y mantenía las piernas abiertas. Entonces vi aquello que tanto me aterrorizó. Tenía algo que la hacía diferente a los demás, o mejor sería decir, no tenía lo que los demás teníamos. No sólo eso, una desagradable e hirsuta pelambreira le rodeaba el lugar donde debería tener el pene, pero en lugar de éste había ahí una cortada o un hoyo por el que le palpitaba una extraña herida. Se me nubló la vista, pensé que caería irremediamente al piso. Me apoyé en lo que pude, me di media vuelta y me alejé

de ahí, tropezando contra la nada.

Salí a la calle sin saber qué hacer. Sergio me miraba burlescamente. Me dijo: pero ¿qué pasó, le diste mi recado a tu hermano? Y se doblaba de risa. Remachó sus burlas diciéndome: pero si parece que viste al demonio, ¿por qué estás pálido y desencajado?; vamos, tan sólo es una puta.

Caminé, sólo caminé. Me alejé una o dos cuerdas. En tan grande confusión no hallaba qué resolución tomar. Volver a mi casa era imposible, estaba lejos de ahí y no tenía muy claro el camino, pero sobre todo ¿qué decirle a mi padre cuando llegara? Tú sabes primo la rudeza con que nos educó; imposible desobedecerle, imposible decirle ya regresé porque no fui, no llegué a donde nos mandaste. ¿Irme al taller?, aunque estaba menos lejos, también tendría algunas dificultades para reconocer la ruta, además de que mi hermano tenía las llaves.

En fin, permanecí un buen rato sentado ahí en la banqueta sin poder tomar resolución ninguna. Pero la realidad se impuso, y temeroso de que cuando mi hermano saliera se marcharan y me dejaran ahí, me aproximé un poco para ver de lejos al amigo y su auto. En la oscuridad, Sergio me miraba y yo a él, pero no me aproximé ni él fue a buscarme. Volvió a fumar.

Pasó un largo rato o quizá mi confusión lo hizo más prolongado que la realidad; el caso es que finalmente mi hermano salió de ese lugar, se aproximó a su amigo, éste me señaló a lo lejos, mi hermano volvió la vista hacia mí, me hizo un gesto con

la mano y me gritó, vamos tonto, qué haces ahí; vámonos, que se nos hace tarde.

Me subí al asiento trasero, ellos montaron en el delantero y el carro se puso en marcha. Después de un momento Gilberto encendió la luz interior, se volvió hacia a mí, me mostró el antebrazo derecho y me dijo muy orgulloso, como el soldado que muestra las heridas de la batalla: mira, cuando un día vayas con las putas debes tener mucho cuidado, porque muerden. Y río muy satisfecho de su ocurrencia. En efecto, tenía las claras marcas de unos dientes en la piel que, aunque no le sangraban, era muy evidente la fuerza con que lo habían mordido.

Yo no sabía qué decir ni qué hacer. Sin duda, mi principal preocupación era averiguar sobre la herida de la mujer, pero no me atreví. Torpemente agregué, sin tener opinión de verdad, sino que reproducía el lenguaje moralista de los adultos que, además, no terminaba de comprender: hermano, vas por el mal camino, y en él te perderás.

Él y su amigo rieron escandalosamente mis torpes palabras. Lo dicho, el tonto de la familia que no sabe ni lo que habla. Volviéndose de nuevo para mirarme a los ojos agregó, no creo que tengas razón ni puta idea de lo que dices, pero por si acaso, te diré que mucho me gusta, ya quisieras tú, cuando tengas mi edad, a atreverte a hacer las cosas que yo hago. Insistí con mi moralina, aunque convencido de que no cumpliría la amenaza que estaba a punto de lanzarle, le dije: Gilberto, te acusaré con

mi padre y él te pegará. Me respondió con una de sus cínicas y molestas carcajadas, dijo: no creo que tengas los huevos para hacerlo, ya te conozco. Tenía razón, él me conocía muy bien y yo ignoraba muchas cosas, como la existencia de las putas o los caminos oscuros y estrechos del Zalatón de Juárez.

Luces fugaces que se sumergen

Una de las cosas que más sorprende a los que son originarios de esta ciudad de México, primo, como lo eres tú, es la falta de malicia de tantos provincianos que hemos llegado a invadirles sus espacios. Bueno, sí, ya sé que naciste en Guadalajara, no acá, pero eso fue un hecho azaroso, un verdadero accidente; tú eres, casi como yo, un chilango por los cuatro costados. Y no me repliques.

Lo que intento decirte es que allá el punto de vista que se tiene de la vida es más bien llano, diríamos sencillo, por no decir simple, que lo es en ocasiones. Mientras que, quienes acá nacieron han sido exigidos de tal manera que están siempre previendo lo que vendrá después. Sí, en aquellos lugares hay mucha gente que piensa que la luna es de queso y aún amarra-rían los perros con tiras de longaniza. Acá no, acá con el queso hay que hacer quesadillas sin mirar para el cielo porque se las arrebatan a uno, y en el chorizo hay que sentarse a descansar.

Este hecho se debe a múltiples causas, y una de ellas es

al menor nivel de exigencia, como queda dicho, y también a que la vida es más sencilla, tiene menos recovecos, o los tiene de una manera diferente. Se diría que hay un punto de vista pueril de las cosas. Y esto pareciera un desdoro para los niños y para los provincianos, pero no lo es, o yo no lo digo para reprochar nada o para decir que eso es un demérito; lo que ahora te digo es un simple reconocimiento de los hechos. Sabemos que los niños son así y, en lugar de censurarles tales fragilidades, los protegemos de esa indefensión (bueno, las personas pensantes, los idiotas, no), con la seguridad de que un día podrán preservarse por sí mismos y aún los adultos hacemos esfuerzos por ayudarlos a que vayan construyendo esas armas de la legítima defensa.

¿Filosófico ando, me dices? Pues tienes razón, y lo más curioso es que sí comí. Pero a donde quiero llegar es al punto en que los menores dejan su puerilidad y pueden ver las cosas con la complejidad que en verdad tienen. ¿En qué momento un chamaquillo pierde esa especie de inocencia? No es fácil establecer una línea divisoria, y aun diría que el proceso es muy largo y en ciertas personas llega primero y en otras después. Mejor aún, me gusta pensar que la comprensión de la complejidad de la vida no se da como algo continuo, sino por instantes, como epifanías; como puntuales descubrimientos que parecen luces fugaces que después de iluminarnos se sumergen, o nos sumergen de nuevo en la oscuridad. Y así vamos por la vida

dando chispazos y rebuznando –con perdón de los burros–, alternativamente. Hacemos más lo segundo que lo primero.

Y si establecer esa línea no es fácil, tener conciencia del cambio lo es menos. ¿Tienes tú el recuerdo de cuándo dejaste de pensar como un menor para empezar a hacerlo como un adulto? No, imposible. Yo creo que nadie conoce eso de sí mismo porque, ya digo, no es un proceso constante ni homogéneo. De lo que sí podemos tener alguna noción es de cuando, en ciertas ocasiones, vimos algo que nos sorprendió y fuimos capaces de comprender sus otras implicaciones. Es a eso a lo que me quiero referir con la historia de la boleta de empeño que ahora te quiero contar. Pero aún eso tiene otra dificultad. Yo comprendí las consecuencias de mis actos y actué así deliberadamente en ese momento, pero no fui consciente en aquella ocasión de que era consciente de estar haciendo una bellaquería, sino mucho después.

Quiero decir que en la pubertad –por términos generales, aunque en muchas personas inicia eso desde la infancia– empezamos a entender que ciertos actos nuestros o de los otros tienen implicaciones que van más allá de las evidentes, pero lo más probable es que no descubramos que estamos cambiando; lo más seguro es que no nos demos cuenta de que nos damos cuenta. Esto último sólo sucede mucho después, y no siempre; podemos transitar cínicamente por la vida sin descubrir tales verdades. De eso va esta historia, no sé si logre transmitirlo.

Mi padre tenía un hermoso reloj de pulsera que, con frecuencia, no se lo quitaba ni para dormir. Tenía carátula negra, manecillas luminiscentes y fechador de los días de la semana y del mes. Sin duda una buena pieza, pero no era eso lo más valioso, sino su correa extensible. Se había fabricado con pequeños eslabones de oro del más fino; todos unidos le daban la comodidad necesaria pues constituían un fino y flexible tejido. Sin duda, un trabajo artesanal notable.

De sobra conoces las estrecheces familiares que vivimos en esos tiempos, por ello está de más decirte que el hermoso extensible visitaba con regular frecuencia el monte de piedad. En efecto, era yo el encargado de llevarlo a esa triste institución. Quizá te sorprenda que, siendo apenas un muchacho, me tomaran en serio en tal lugar. Y a mí también me sorprende, pero rápido encuentro la respuesta. En una ciudad pequeña todo mundo se conoce y por eso y por no ser maliciosos, jamás concluirían que ese muchacho que era yo, había sido capaz de robarle a su padre ese costoso extensible. En fin, el valuador no sólo conocía esa alhaja porque muchas veces la había tenido que examinar, a pesar de que la conocía con los ojos cerrados, sino porque era un viejo amigo de mi padre. No lo sé, pero no dudo que ese joyero se lo hubiera vendido.

En fin, ese hombre es un personajazo del que en otra ocasión te contaré alguna de las aventuras que ellos corrieron juntos. Para que te des una idea; en lo privado, mi padre reconocía

que los trucos que sabía (y no eran pocos) para hacer trampa con las cartas, se los había enseñado Nacho Robles, que ese era su nombre; y no una vez sino varias, ganaron dinero a la sombra de esas taimadas trapacerías.

Pues resulta que la última vez en que el tal extensible tuvo que visitar la casa de empeño lo llevé yo con la total certeza de que ello avergonzaba a mi padre y de que, cuando regresara al taller con la boleta, era mi obligación entregársela, junto con el dinero, con suma discreción si estaba él atendiendo a algún cliente o, mejor aún, esperar a que nos quedáramos solos.

Llegué al montepío y me puse en la fila de valuación de las joyas y mientras esperaba mi turno, que debió ser muy corta la espera, dialogaba retadoramente con mi padre: pues ya lo ves, tú no puedes formarte en esta fila y sin embargo yo sí. Tú te mueres de vergüenza y a mí me tiene sin el más mínimo cuidado; qué te diré, a mí, lo mismo se me da y hasta diría que me da gusto que todo mundo me vea, porque no soy yo, sino tú mismo. Y si me encuentro con algún compadre tuyo, por nada del mundo trataré de hacerme el disimulado; por lo contrario, lo saludaré ostensiblemente, como diciendo, mírame, date cuenta de que estoy aquí y no por iniciativa propia; ya te imaginarás quién me mandó y por qué.

Llegó mi turno y Nacho Robles tuvo que llamar mi distraída atención pues habló antes que yo, dijo: y bien, ¿qué es lo que traes? Saqué el extensible y se lo entregué. Lo tomó; como

siempre hacía, se puso el lente de aumento que sujetaba en los pliegues de los párpados y lo examinó a la intensa luz de su lámpara. Luego lo cepilló suavemente en un extremo y una vez sacado el brillo lo volvió a examinar con su lente. Luego le hizo la tercera y definitiva revisión: de un pequeño frasco con gotero le echó en el mismo lugar en que lo había pulido una gota de reactivo y volvió a examinarlo con el monóculo. Acto seguido lo puso sobre uno de los platillos de la báscula, luego puso dos o tres diminutas pesas en el contrario, desactivó el mecanismo que fijaba la barra graduada y ambos balancines se movieron para arriba y para abajo.

Concluyó su labor poniéndole una etiqueta atada con un rustico hilo de cáñamo y una cifra que no pude leer, lo entregó a la secretaria y me hizo el gesto de que continuara hacia el otro lado del mostrador. Ahí di los datos de mi padre, que de seguro se sabían de memoria; ella llenó con ágil y elegante letra la pa-peleta, me entregó el original y me ordenó que pasara a la caja. En ésta entregué la hojita rectangular que en el margen superior derecho traía la foto de don Heliodoro Trujillo.

Ignoro si aún existe el montepío, pero no lo creo. ¿Sabes tú quién era ese benefactor de la pobreza? Pues ni yo, primo, ni yo. Debió ser, por los grandes mostachos a la Káiser que gastaba, algún cacique del periodo porfirista al que pronto la modernidad del neoliberalismo terminaría de borrar del mapa con tantas casas de préstamo como han llenado las calles del

centro.

La cajera me pidió la boleta, leyó en ella la cantidad señalada, le puso un sello de "Pagado", tomó el dinero de ese viejo armatoste de caja, y me lo entregó junto con la boleta. Yo guardé muy bien el dinero en mis bolsillos; no era poco, no era poco. Salí a la calle sin intención alguna de guardar en el último rincón de mi vergüenza el mentado papelito, por lo contrario, lo llevaba enhiesto en la parte más alta de mi venganza.

Salí feliz de ese viejo local que olía a casa de anticuario. Caminé escudriñando por todos lados para ver si por ahí estaría un peatón conocido de la familia. No tuve que caminar mucho, como a media cuadra me encontré con un amigo de mi padre, que aparte de socarrón, era una buena persona; lo apodaban Manos Puercas porque siempre las traía manchadas del barniz que aplicaba a los muebles que fabricaba. Él iba por la acera de enfrente, y al verme se sonrió, me saludó alzando la mano y diciendo: ese Gandul, no te vayas a caer.

Lo decía porque alguna vez que nos habíamos encontrado, por saludarlo, tropecé contra un cable de acero, de esos que mantienen rectos los postes de madera, que no vi. Yo también le sonreí y también levanté el brazo, menos para saludarlo y más para mostrarle la boleta y dije: no lo haré Manos, no lo haré. Él, por el lugar donde estábamos (muy cerca del montepío) y por el característico papelito rectangular que todo mundo conocía, supo lo que había pasado, lo que había ido yo a hacer

por ahí y, sonriendo más ostensiblemente, dijo: vaya, tu padre hoy andará rico; a ver si me doy una vuelta al rato para que me preste unos clavos. Yo le contesté también burlón, y de seguro que lo desconcertó mi respuesta porque cínicamente le dije: por tal de que te pongas a trabajar, hasta un kilo, que hoy traigo mucho dinero.

Y cada cual siguió su camino. Tú dirás primo que yo no tenía derecho a ser majadero con el señor, que a final de cuentas yo lo estaba provocando, y tendrás razón, pero en la lógica de un adolescente vengativo, como lo era yo en ese momento, nadie tenía derecho a burlarse de mi padre, sino sólo yo. En fin, que llegué al taller, que tan sólo estaba a dos cuadras del monte-pío, y mi felicidad no pudo ser más plena: estaba atendiendo a un cliente. Me metí de rondón, sin decir nada, como tenía instrucciones de hacerlo, pero no cumplí la segunda parte de la orden, aquello de mantener el pico cerrado mientras no estuviéramos solos. Abrí ostensiblemente el cajón de los papeles y guardé la boleta, aclarándole a voz en cuello: aquí te puse la boleta de empeño.

En algún momento que el cliente se distrajo, volvió la vista hacia mí y me echó una mirada de pistola. Yo, aunque ya era un adolescente, le seguía teniendo el mismo temeroso respeto que de niño le tenía, así que le di la espalda, y armándome de valor volví a hablar sonoramente: me encontré a Manos Puercas, manda decir que al rato se dará una vuelta para ver si le puedes

prestar algo de dinero. Después de hablar, me di cuenta de que esas palabras, en lugar de enfrentarme con él, me ayudarían, pues hacía pública su pública solvencia, según Manos. En fin, no sé qué pensar, pero eso fue lo que dije.

¿Me puso una chinga cuando nos quedamos solos? No, no lo hizo, no es fácil que un padre golpee a un hijo gigantón; yo lo era, por algo Manos me apodaba Gandul, aunque debo decir que en esos tiempos yo no me sabía respetado por mi padre, sino que me percibía tan sujeto como siempre habíamos estado todos en mi casa a su voluntad. ¿En qué acabo el asunto? Cuando el cliente se marchó me dijo, eres un cabrón, haces lo contrario de lo que te he mandado, anda, échame el dinero.

Por supuesto que guardé silencio y se lo entregué. Hoy, que tengo tantos o más años que los que él tenía en aquella ocasión, me doy cuenta de que no había cosa concreta de qué vengarme, no había pasado en fechas recientes ningún maltrato específico para que yo intentara humillarlo delante de los demás por esa causa. Y aunque hoy opino muy diferente a como entonces opinaba, la impresión que conservo de la escena, y no hay duda alguna de que los recuerdos son sólo gestos, no es de pena por mi padre, sino de risa, de risa por una broma pesadita que le hice. Éstas eran muy comunes y en todas direcciones para entonces; no obstante, sigo opinando que no me asistía la razón a pesar de ser la parte oprimida, sino a él, porque

todo mundo tiene derecho a conservar sus pudores y a proteger sus flancos débiles.

Bicicleta a tirones

Yo debería tener en ese entonces trece o catorce años, primo. Con frecuencia llegaba a nuestro taller un muchacho poco menor que yo. Acaso tenía once o doce. ¿Por qué nos visitaba? No lo sé, no había ninguna razón aparente para que lo hiciera, así que tendré que inventar en parte la causa. Había sillas, había varias sillas y no era extraño que personas se detuvieran, se sentaran un rato, charlaran y luego se fueran. Eso hacía ese jovencito. Se apeaba de su bicicleta, se sentaba, conversaba un rato y luego se iba. ¿Con quién lo hacía? No lo recuerdo, quizá con todos, acaso conmigo, que era el único que tenía una edad similar a la suya, los demás eran adultos. Es posible que le gustara la compañía de la gente mayor, porque no puedo decir que era mi amigo o mi compañero en la escuela; no lo conocía más allá de esas visitas ocasionales. Quizá le atraía ese mundo masculino, casi misógino, o misógino sin duda, repleto de palabras en doble sentido y bromas brutales y de mal gusto que hacían reír ostensiblemente a todos. Acaso llegaba cansado

de ir pedaleando la cuesta empinada de las calles previas al taller y lo que urgía era sentarse y descansar, y por lo tanto su interés no estaría en escuchar y reír lo que un muchachito hijo de familia no escuchaba ni reía en su casa.

¿Te acuerdas de aquellas dos cuadras, pero sobre todo la previa a la del taller de mi padre? Me refiero al que estuvo en la calle Guerrero, no en la de Álvaro Obregón. Era muy inclinada. Los mejores ciclistas llegaban acezantes al semáforo o a las puertas del negocio nuestro. Mira que te lo digo yo que, parado en la punta de los pedales de mi bicicleta, la recorrí cientos de veces y, a pesar de tener buena condición, llegaba agitado, pidiendo un vaso de agua.

En una ocasión, a media mañana, caminaba yo de regreso al taller por aquel tramo empinado de la calle Gabino Barreda. Me faltaba media cuadra para llegar a la Guerrero y a nuestro taller, hastiado de haber ido al centro de la ciudad y no haber encontrado lo que se me ordenó que fuese a comprar. ¿Por qué no fui en mi veloz bicicleta? No lo sé, aunque ir caminando al centro tampoco era infrecuente. El hecho es que marchaba por la banqueta, enfadado y asoleado. Junto a mí pasó aquel muchachillo. No primo, no; no me preguntes su nombre, no lo recuerdo, ya te dije que no lo conocía de nada más.

Noté su presencia cuando volvió la vista hacia mí y me saludó. Parado de puntas sobre los pedales trataba de avanzar

con rapidez pero en realidad lo hacía lentamente. Me causó gracia la escena; su afanosa imagen me parecía chusca. Me reí y quise prolongar aquellos instantes. No dije nada, simplemente sujeté la bicicleta por la parrilla para que la diversión no concluyera tan rápido. Si con algo puedo comparar lo que sucedió sería con las caricaturas televisivas; aquellas en las que el personaje corre a toda velocidad pero no logra desplazarse ni un palmo. Me volví a reír.

En un primer momento intentó vencerme, se impulsó con más fuerza; quizá creyó que lograría arrastrarme, pero fue inútil. La bicicleta se balanceó para uno y otro lado. Más me reí. ¿Él protestó? No lo sé, en el recuerdo me parece que no, pero fue todo tan fugaz que no te podría decir otra reacción suya o mía. Él intentaba escapárseme y yo no dejaba de sujetarlo. En fin, que la gracia terminó tan rápido como había empezado. A un lado, despacio, pasó un automóvil y el conductor algo nos gritó, pero no se detuvo.

Eso hizo concluir la magia. Yo dejé de reír y él poco a poco se fue alejando. Te decía que me encontraba ya muy cerca de nuestro negocio. Estaba a punto de atravesar la calle cuando vi que el hombre del automóvil salía del taller, se montaba en su auto y se marchaba. Tras él llegó el chaval aquel y tras éste, yo.

Mi padre se había puesto de pie y miraba en mi dirección. El muchacho, como yo, no había podido oír lo que charlaron

entre ellos, simplemente se sentó, como lo hacía cuando nos visitaba. Mi padre estaba muy encolerizado. Algo me decía, mientras se quitaba el cinturón y me ordenaba entrar a la trastienda. Yo no acababa de comprender la causa por la cual me iba a castigar. Lo obedecí sin intentar escaparme, eso no está en mi naturaleza. El joven ciclista se marchó a toda prisa.

¿Qué más te puedo contar? ¿Esa fue la más brutal golpiza de las muchas que me dio mi padre? Sí, quizá sea así. ¿Lo odié tanto como él me odiaba en ese momento? No lo sabría decir en cuanto a lo que a mí toca. ¿Odié a aquel desconocido? No lo sé tampoco, fue su versión de los hechos; nada más. ¿La opinión del ciclista? La desconozco, jamás volvió a visitarnos.

Hace tiempo que mi padre murió de una larga agonía que lo tuvo postrado más de un año en la cama, sin poderse valer por sí mismo, ni para pedir ayuda; teníamos que interpretar los gestos. Así que tampoco habrá ahora oportunidad de preguntarle su versión de lo sucedido, ni saber la causa por la cual montó en tan tremenda cólera. Pero ninguna de esas reacciones tuyas me eran desconocidas. Discúlpame primo, pero ya te he dicho que estas historias no son historias, sino inconclusos retazos; ya lo vez, no logro ponerle conclusión a este destartalado recuerdo.

Epílogo

Guillermo en la cantina

Cáptala primo; no es eso lo que yo quería decir. A mí, lo que me importa, es que entiendas que te quiero un chingo. No, no, primo, me vale madres lo que ese pendejo haya pensado, lo que importa es cómo te atendió, lo demás vale verga, primo. No permitiré que ningún pendejo sea majadero contigo y más que tú no lo has sido; punto. Cambiemos de tema, primo, porque la verdad, ya estoy pedo y ahorita mismo sería capaz de darme un trompón con ese ojete. Además, primo, olvidémonos de eso, ¿a qué vinimos a este tugurio? Hablemos de ese pinche cuentito que tantas veces me has prometido escribir pero que en realidad me has mandado a la chingada. No importa primo, no importa, me vale madres lo de tu novela o lo de tu chamba o lo de tus viajes; eso no sirve para nada, el hecho es que no me pelas, pinche primo.

Yo sé lo que te digo, esa historia que nos contaste a Alim y a mí está chingona, primo, y la tienes que escribir, aunque digas que ahorita no puedes. Total, si no la quieres escribir,

pues no la escribas, pero la cajetearías retegacho. ¿Sabes, primo?, ¿sabes lo que he pensado? Que te da pena contar esas cosas. No entiendo por qué, no mataste, no robaste. Pena es robar y que lo agarren a uno en la maroma, lo demás vale madres. Total, pobres siempre fuimos, eso no es culpa de nadie. Lo que importa es que ahora nos va rechido, y aunque siguiéramos siendo pobres, ¿eso qué pedo? lo que vale está acá primo. Mira, acá. Y si uno tiene buen corazón, Diosito y uno lo sabe, y eso es lo que importa. Y de tener buen corazón es de la otra cosa que hoy quería hablarte y que no sabía por dónde empezar porque me daba reteharta pena, pero para eso es que ya me empedé un chingo, para que me valga madres y por lo tanto ya estoy listo para escupir la sopa, pinche primo. Tú, agüita, y agárrame la onda, y no es albur, te lo juro primo, estoy hablando bien pedo pero la pura neta.

De ese libro que dices que vas a escribir de cuando conociste a mis jefes y a mis hermanos y demás cosas anexas, te tengo una historia para que la cuentes ahí. Digo, qué chingados, ¿acaso no puede uno tener también historias? Total, yo no seré escritor como tú, primo, pero también le pasan a uno muchas chingaderas en la vida, y hasta donde entiendo, de eso se trata el libro ese que vas a escribir, ¿no? Yo te la cuento como fue, y ahí tú verás lo que le haces. Lo que le cambies o le inventes es tu pedo, yo no me voy a meter. O tú ves si le quitas las mamadas

que yo diga y le vas poniendo cosas bien chidas y no las rebusnancias que la gente dice, como yo comprenderé.

Digo, ¡chale!, ¿acaso no tiene uno derecho a contar sus propias historias? ¿Acaso porque tú, dizque porque hablas muy finolis, nada más puedes contar cosas cabronas? No, primo, vale madres, las cosas son las cosas y le pasan parejas a todo mundo, seas listo o seas menso, seas rico o seas pobre, seas culto o seas ignorante, y le paro, porque si no, es cuento de nunca acabar con tanto arriba y abajo, total, tú ya me entendiste. Y a lo que quiero llegar es que te tengo una historia bien chingona pero bien macabra que te voy a contar, y como en nada se acomoda a lo que pasó en aquellos años allá en nuestro pueblo, pues tú verás lo que le haces para arreglarla, pero de que te la cuento, pues te la cuento; ya te chingaste primo. Tú verás, como siempre, si me pelas o no, que ya sé lo que harás: me vas a mandar a la chingada como acostumbras y vas a hacer lo que se te dé tu rechingada gana, aunque a todo digas que sí; sí primo, lueguito, en cuanto tenga un tiempito. En fin, ni le muevo por ahí porque eso me enchila.

La historia que te voy a contar, y ya te chingaste primo, porque de que te la voy a contar, eso que ni qué. Me sucedió hace mucho, cuando andaba yo en el taxi. ¿Te acuerdas primo que un tiempo traía yo un taxi? No, qué te vas a acordar, si nunca pelabas, siempre andabas de yogur; como que te avergonzabas de tu familia, ni creas que no me daba cuenta. No me

voy por ahí porque eso sí me llega, pero ya te lo perdoné porque has cambiado un friego y ahora eres un cuaderno de doble raya. Bueno, pues hace un chingo, cuando eras retehojaladra, traía yo un taxi, y ya ves, si le pasan a uno muchas mamadas acá, en un taxi, ya te imaginarás; en un taxi le pasan a uno el doble de chingaderas que andando nada más así por la vida, desde los travestis que se quieren aprovechar metiéndole mano a uno, hasta los pinches borrachos que no se aguantan y se echan su vomitada y ni el pasaje pagan. Ya te imaginarás, primo, en las que me metí por culpa de ese puto taxi. Digo, aunque luego pasaban cosas bien cagadas, y de no ser por las hemorroides y lo mal pagado del oficio, me cay que no lo hubiera dejado.

Bueno, primo, creo que le estoy dando muchas vueltas al rodeo, Búfalo Bill. Pero no, no tiene que ser así, tengo que decírtelo todo y ya tú verás si eso puede entrar en tu pinche librito o no, y si no lo escribes, cámara, ni pedo; total, a quién chingados le importa lo que le pasó a ese pobre cuate. Eso es lo peor de todo, que a nadie le importa un carajo esas cosas. Esas no aparecen en las noticias, esas no son motivo de preocupación para nadie, ni para un pinche librito culero de recuerdos culeros como el tuyo, primo, que, con perdón sea dicho, es la reputísima verdad. Ta güeno primo, tienes razón, otra vez me hago pen-dejo; vamos al grano pinches pollos pelones.

Pues todo sucedió ahí por Insurgentes. Fui a dejar a una vieja mamona a Perisur. Era en la tarde; cuando bajó y pensé

qué pedo hacer, para dónde tirarle, ya había acabado de anochecer. Me dije, ah, pues ahí enfrente está ese hospital para niños; en los hospitales siempre hay gente buscando taxi. Cómo que cuál, primo, cómo que cuál. Pues frente a Perisur no hay otro pinche hospital que el del Imán. ¿A poco crees que me refería al Ángeles? Nel, no mames, está lejos de ahí y, además, yo no subía a mi carro a esa gente mamona, yo nada más ruleteaba en Iztapalacra.

Pues total, que me fui a darle vuelta en U al trébol ese. Fue el error más grande de mi vida, primo. Carajo, por qué no me fui para el Ángeles, ahí pura gente de la jai, ni los putos enfermos sufren, me cae. Los bajan de la ambulancia, los suben a una silla de ruedas, les dan un pericazo doble y órale mi cabrón, hasta arribota; a flotar en las nubes, mientras esos mata-sanos te destazan la geta y el bolsillo; bueno, no, el bolsillo no, ése no tiene fondo, tanto pinche obrero pobretón que explotan, ni cuenta se dan de la lanota que les sacan; eso sí, no les dejen de dar su pinche perico doble, y asunto arreglado. ¿No me entiendes? Ni pedo, primo, me vale, yo me entiendo, con eso basta. Cuando llegues a este punto de tu librito pones alguna mamada de esas que les gustan a ustedes los literarios, cosas como, pues bien, necesito decirte que te quiero, decirte que te adoro con todo el corazón, o jaladas como: Platero es pequeño, peludo, suave, tan suave como el algodón. Nel, no mames, primo.

Pues el pedo es ese, que el burro tira pal monte, como de seguro lo hacía el puto Platero, aunque el escritor ése dijera otra cosa, y yo, en lugar de irme para el hospital Ángeles me fui a dar esa pinche vuelta para ofrecer mis servicios de ruletero a ese hospital de pobres. Esa es la realidad, esa es la purita y pendeja realidad.

Había ya agarrado la lateral y desde antes, donde está el cruce con la Avenida del Imán, un cabrón de saco y corbata y con su mamón vaspapú en la mano me hace la parada. Nel, primo, yo no atiendo a esos pendejos oficinistas de saco, corbata y vaspapú... Cómo que qué es un vaspapú, no chingues primo, te digo, tú no evolucionas, sigues siendo igual de lento como cuando vivías en el pueblo: el vaspapú es esa maletita que usan las viejas para meter sus muchos maquillajes y en ese tiempo, a los cajeros de los bancos les daba por comprarse su vaspapuqueví, y ahí, muy decentes, traían su yogurt y su cucharita de plástico y su manzana, y su servilleta gris de papel reciclado –de esas que hacen con papel de baño lleno de mierda– y mamadas de esas. Pero nel, lo hacían así porque son tan pobretones que ni para comprarse unas garnachas en la esquina les ajustaba. Sí, esos eran los vaspapuqueví: vas pa puto que vuelas. De seguro traía las uñas con las cutículas recortadas y los labios brillosos, muy decente y muy propio el cabrón, pero brincando charcos porque no tenía ni para una carcacha que no

circule un chingo de días a la semana, nel. Lo mandé a la chingada; en mi taxi no suben putos vergonzantes, me salan.

Lo ves, para que ni creas que sólo los literarios saben echarse palabras domingueras, nada más que uno no anda de presumido. Aprende, primo, y no creas que nada más tú mascas fierros, sólo que no te lo quería decir. En fin, que me seguí derecho y le menté la madre. Carajo, primo, por qué no lo subí, aunque me salara, y así me hubiera ahorrado de enterarme de esa mamada que me enteré y que desde hace muchos años la traigo aquí, jodiéndome la existencia, primo.

Me paré al pie de las gradas, y aunque ya estaba oscuro, se podía ver dos que tres personas por ahí. Un señor que estaba sentado en los escalones, al ver el copete del taxi prendido, se puso de pie y caminó hasta mí. Traía un envoltorio con una cobija, debería ser un pequeñito. Se arrimó y sin subirse me preguntó por la ventanilla, señor, ¿hace viajes a provincia? Le dije que sí, que si pagaba la ida y la regresada, con gusto lo llevaba a donde él quisiera. Es una emergencia, dijo, señalando con el gesto al niño, no importa lo que me cobre, yo le pagaré. Pues a dónde necesita el viaje. A Veracruz, señor, no al puerto, es un lugar que se llama Zempoala.

Yo, primo, no tenía y aún ni tengo puta idea de dónde sea ese pueblo, pero me dijo, es pasando Actopan y antes de llegar a Cardel. Ah sí, ya sé dónde es, le contesté. Y es que tú, primo, ya sabes que yo tengo un compadre en Actopan y he estado

varias veces ahí, así que me di cuenta de que para llegar allá son como cinco horas de carretera, y pensándolo un poco hice la cuenta, que ya ni me acuerdo cuanto le pedí, pero era mucho. Él, como que lo pensó un momento y me dijo, está bien señor, yo le pago eso que usted me dice, si me hace el favor de llevarme. Yo le contesté, no hay cuidado señor, no es ningún favor, usted me va a pagar, estoy para servirlo, súbase.

Y así pasó, primo, se subió. Y hasta que estaba arriba me di cuenta que no traía maleta. De repente me dije, qué raro, si le acaban de dar de alta al hijo y se regresará a su pueblo, debería traer una maleta, de sus cosas o del hijo o de los dos. Pero digo, primo, no debe ser uno indiscreto y me callé. Me fui en dirección a Copilco, con la intención de agarrar el eje tres, Armero, ya ves que esa avenida lo saca a uno directo a Zaragoza, sin tanto semáforo. Al rato me dijo, mire señor, ahorita no traigo tanto dinero como le tengo que pagar, pero por eso no hay problema, llegando allá, mi mujer tiene y si no, ya ve usted, no falta, en los pueblos todo mundo se conoce y pues le pediré prestado a una hermana o a un tío, así que no vaya usted a creer que le haría yo una trastada. No hay cuidado señor, cuando lleguemos, va usted a conseguir y yo lo espero, faltaba más.

Pasó otro rato y los dos seguíamos en silencio. Luego me dijo, mire, si usted gusta, llegando allá, se puede quedar a dormir en mi casa, nosotros le acomodamos ahí un lugar para que descansa, hasta que amanezca, ya en la mañana se puede usted

dar un baño y le voy a decir a mi mujer que le haga un buen desayuno, para que se regrese muy bien, muy descansado, con luz de día. Gracias señor, le contesté, con gusto acepto.

¿Y de qué estaba enfermo su hijo; para qué lo trajo para acá, a México? No contestó nada primo, se quedó callado un rato. Luego dijo, está malito de fiebre, no sé qué fiebre será, pero es lo que tiene. Dije yo, primo, qué raro, si está enfermo, entonces para qué se regresa. No me aguanté más y le pregunté: y si está enfermo, ¿por qué se regresa, por qué no lo deja aquí para que lo curen? Pareciera, primo, que era la tecla que faltaba que alguien tocara para que él soltara todo lo que se había aguantado, y llorando a todo lo que le daba su dolor dijo, después de un rato de no poderse contener y no poder hablar: no me lo aceptaron señor.

Y ora, qué pedo, no entiendo. Te juro primo que no entendía nada de lo que estaba pasando en ese instante. Imagínate, de noche, la gente en los autos de a los lados que ni pela; todos metidos en sus pedos, oyendo las noticias o la música, aburridos del puto tráfico; ¿y yo?, con un pasajero que quiere que lo lleve a Veracruz, que estaba en las escaleras de un hospital, con un niño enfermo al que no ingresan y que me pide lo lleve de regreso a su pueblo, doblado por la pena. Qué pedo, me dije, esto es un alucine, no está pasando lo que estoy viendo, carajo; algo aquí no cuadra. Recuerdo que suspiré, me tallé la

cara, lo vi de nuevo por el espejo retrovisor y le dije, no le entiendo señor.

Sí señor, le estoy diciendo la verdad, no me lo quisieron recibir, estoy muy desesperado, no sé qué hacer, no conozco a nadie aquí, me vine en friega de mi pueblo pensando que acá habría alguna solución, pero ahora estoy en un pozo del que no sé cómo salir. Y siguió llorando inconsolable. ¿pero por qué no se lo recibieron?

Salí ayer a mediodía de mi pueblo, a esa hora pasa el camión que viene a México y no quise esperar más. Ya lo había llevado yo a varios médicos, pero nada. En Úrsulo Galván hay un hospitalito y ahí lo llevé; después de uno o dos días me dijeron, señor, nosotros ya hicimos lo que podíamos por su niño, pero él aquí no se va a aliviar, tiene que llevarlo a Xalapa. Lo poco que tenía me lo había ya gastado con los médicos de mi pueblo y con los de ese hospital, y yo no conozco ningún sanatorio ahí, ni lo puedo pagar. Yo viví una temporada acá en México, en la albañilada, cuando era soltero, y yo sabía de éste del Imán; pero, aunque nunca había venido hasta aquí, sabía de buena fuente que es el mejor hospital del país para niños y que, además, a la gente pobre no le cobran, porque es del gobierno. Así que ayer, con lo poco que me quedaba y algo más que me prestó mi mamá, agarré el camión y me vine para decirles, señores, curen a mi hijo, que yo no tengo dinero para pagar un médico particular.

Venía muy malito mi hijo, yo lo veía, señor. No dejaba de llorar. Ya empezaba a oscurecer cuando el camión fue entrando a la ciudad y entonces mi hijo dejó de llorar. Dije, Dios mío, muchas gracias, porque mi hijo ya no llora, se ha de sentir mejorcito, nada más de saber que ya vamos llegando a donde lo van a curar. Y así me quedé, con las orejas bien paradas a ver si lo oía llorar de nuevo, pero nada, ya no lloraba. Lo destapaba de la carita y se la veía, pero nada, estaba muy tranquilito, con sus ojitos cerrados. Volví a dar gracias a Dios, pero no crea usted que no pensaba en lo que pensaba. También me daba cuenta de eso. En un rato, ya que nos bajaron en la central me dije, si algo le pasó a mi hijo, si le doy un pellizco va a llorar. Y le di un pellizco en su cachetito y no lloró. Dios mío, me puse muy triste, sin saber qué hacer, pero dije, no, no, está muy cansadito, por eso es que no despierta. Y así me fui caminando y dije, le tengo que dar otro pellizco, pero ahora más fuerte. Y lo hice, señor.

Fue ahí en que el mundo se me vino encima. Mire usted, ya es de nuevo de noche y no he podido hacer nada. Todo el día he andado para arriba y para abajo cargando el cuerpecito de mi hijito y nada. Usted me vio ahí en las gradas, con el bultito al lado, sin que nadie se apiadara de mí, pues en cuanto les decía algo, la gente se hacía para un lado, como espantados, como si les dijera, aquí traigo liada la peste, los voy a contagiar con este mal y se van a morir todos al instante.

He ido para arriba y para abajo, he pedido, rogado y llorado, pidiendo ayuda. Caminé y caminé horas, cargando el cuerpecito de mi hijo sin poder salir de este infierno en el que estoy y nadie me ha querido ayudar, sino usted. Por favor señor, apiá-dese de mí, apiá-dese de mi hijito. Dios se lo pagará; llévenos a mi pueblo para poder darle santa sepultura. Pero señor, le contesté, yo no manejo una carrosa, esto es un taxi, por qué no les dije a los del hospital, ellos debieron ayudarlo. Sí señor, sí les dije, pero no me dejaron pasar de ese mostrador de la entrada; me dijeron que ahí curaban enfermos, no revivían difuntos, que le buscara por otro lado. Les expliqué que no conocía a nadie aquí en México, y me contestaron, pues, señor, ¿no ve cuánta gente entra y sale y que no nos damos abasto de hacer tantas cosas?; ahora usted quiere que amortajemos a los difuntos que nos llegan de la calle y hasta quieren que los enterremos. No señor, se equivoca, aquí no vamos a hacer eso. Todavía les pregunté, y entonces qué hago. Ay, no sé, señor, hable con la policía; qué sé yo. Por ahí vi luego algunos policías, pero no me atreví a decirles nada, temía que me metieran a la cárcel por andar por la calle cargando un difuntito.

Pues sí, señor, ese es el problema, yo no lo puedo llevar a Veracruz. Imagínesse, tan perros que son los federales con los taxistas, cuando nos ven por la carretera. Imagínesse que me detenga uno para pedirme mordida y estando en esas se dé

cuenta. Ni pensarlo, usted y yo y el cuerpo del finado terminaremos en una celda. No señor, discúlpeme, yo no lo puedo llevar. Lo echamos a la cajuela, ahí no se darán cuenta qué es. Uy, no, peor; peor aún, traer un encajuelado, van a decir que somos del narco; no, no señor.

* * *

Cómo que qué hice primo, ¿no me estás oyendo lo que te digo? Le dije que no, que yo no lo llevaría, que él me estaba metiendo en líos, que yo sólo era un chofer. Me ofreció darme quinientos pesos más, que conseguiría más dinero para pagarme. Le dije: la verdad, no señor, ni porque me pague el doble, yo no voy a cometer ese delito. ¿Que qué hice? Pues deshacerme de él, primo; busqué la manera de deshacerme lo más pronto que pude de ese pobre señor. Ya íbamos por el metro Escuadrón 201. Le dije, mire señor, aquí derecho está la Tapo, la central de los camiones de Veracruz, ahí lo voy a dejar y no me debe nada. Espero que pronto resuelva esta dificultad. ¿Lo crees primo?, el muy hijo de la chingada de yo; el muy cabrón hijo de mi puta madre, o sea, yo, me porté como el más ojete burócrata de la recepción del hospital de la Imán?

Me aferré, endurecí el corazón y no estuve dispuesto a hacer nada más, más que ese raite a la Tapo. Al principio, después de unos días, me decía a mí mismo, primo, que me espanté

de pensar que el envoltorio aquel era un cadáver, pero no, nel primo. Usé eso de pretexto para ser el más puntual y perfecto hijo de puta chilango. Después, muchas veces, sobre todo cuando ya estoy pedo, me digo, carajo, cuántas cosas pude yo hacer por ese pobre hombre, sin peligro de meterme en líos, y me valió madres y lo eché de mi taxi ahí, a ese río humano de gente caminando, de esa gente que va con prisa saliendo de la Tapo o entrando al metro, sin darse cuenta que al lado de ellos va caminando un señor con un bulto que no es otra cosa que el cadáver de su hijo, al que quiso salvarle la vida pero no pudo. Podía yo haber ido al Leandro Valle, a hablar con mi hermana Paty, ya ves que ella se las sabía de todas todas, y tenía vara alta ahí. O podía yo ir a la delegación, tú bien sabes que soy bien movido. Incluso, lo pude llevar al Semefo; nada más con eso primo, con llevarlo al Semefo se hubiera resuelto todo. Pero no, primo, lo único que se me ocurrió para quitarme la papa caliente de encima fue echarlo ahí, en ese río de caminantes sonámbulos que son los que van y vienen al metro; y ahí púdrete cabrón, que si te la estás pasando mal es tu pedo, yo soy un puto ojete que no está dispuesto a hacer nada por ti, jódete puto.

¿Me entiendes primo? ¿Me entiendes por qué quiero que escribas esta pinche historia en tu puto libro? No, primo, qué chingados vas a entender, si estás en babia, como yo esa vez. Pero un día tendremos que ir a ese pinche pueblo que se llama

Zempoala y que no conozco para que preguntemos, tú y yo. Nada más tú y yo, y vamos a preguntar calle por calle, dónde vive ese señor; vamos a averiguar dónde vive el señor que deambulaba por las calles de la ciudad de México con su niño difunto en brazos, para que yo le pida perdón, me hincó ante él y le diga, sí señor, yo soy esa mierda que no le quiso ayudar y este mi primo es esa mierda que no quiere escribir la historia de usted y de su niño. Sí, primo, para que nos linchen porque ¿sabes?, para todo hay un límite, y yo, esa noche, me hice el pendejo.

Cuentos para Guillermo de Ramón Moreno,
se terminó de imprimir en noviembre de 2023,
en los talleres de DDV Soluciones S.A. de C.V.,
Calle Puerto Progreso 1699, Circunvalación Belisaho,
C.P. 44330, Guadalajara, Jalisco.
El tiraje fue de 500 ejemplares.



9 786077 342304

ISBN: 978-607-734-230-4

La vida, la familia y los desafíos de las mismas conectan los cuentos de este libro, el cual destaca por su sinceridad narrativa. Parecerá fácil ser auténtico, honesto y sincero en la escritura, pero no lo es. En el caso de *Cuentos para Guillermo*, su autor, Ramón Moreno, narra con la sencillez y naturalidad de quien te saluda por la calle. Este libro hace que el lector se sienta parte del texto y reflexione sobre sus propias experiencias. Sin duda, cada página impulsa a seguir leyendo.



Cultura

